

JOSÉ EDUARDO HIDALGO

El gran espectáculo



Primera edición

Mayo 2026

© José Eduardo Hidalgo
jeduardohe23@gmail.com



el_escritor_cinefilo

“Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos”

EL
GRAN
ESPECTÁCULO

José Eduardo Hidalgo

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

"Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos".

**Artículo 47 de la Constitución
Española de 1978.**

No sintió la única brisa fresca de todo el día, aquella que llegó tras horas de agotamiento. Su cabeza daba vueltas. Demasiadas horas expuesto al sofocante calor que había dominado el día y a la presión por todo lo que se había generado a su alrededor.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Fueron las únicas palabras que logró balbucear.

—¿Qué has dicho?

No miró a quien le había formulado la pregunta. Si dejaba de mirar los setenta metros que lo separaban del suelo se caería y cumpliría el propósito que muchos de quienes lo observaban pensaban que haría.

Y tampoco quería mirar a la persona que le “animó” a estar allí. No quería volver a ver su rostro ni oír su voz. Se aisló todo lo que pudo, aunque era complicado con el gran espectáculo que se había formado alrededor de aquel edificio, alrededor de su persona.

“¿Por qué? ¿Para qué?”. Su padre, que descansaba en el cementerio desde hacía un lustro, le dijo en más de una ocasión que si quería enfadar a un ignorante solo tenía que formular alguna de esas dos preguntas.

En aquel momento él era quien se las formulaba. Y estaba enfadado consigo mismo porque, al fin y al cabo, había tomado la decisión de subir al edificio *Phetioca*, movido por otra persona... ¿o tal vez por la sociedad o el sistema?

Durante esa reflexión, la primera que tuvo en años, perdió la visión de todo y todos los que le rodeaban.

El pitido que le provocaba un gran dolor de cabeza desapareció cuando las voces se aproximaron a él. Unas voces que se escondían tras numerosas manos.

No fue capaz de reaccionar.

Manos.

Voces.

Oscuridad.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Solo él escuchó aquellas palabras que desaparecieron entre los gritos de la multitud.

PRIMERA PARTE

"Conozco los periódicos de arriba abajo. Sé escribirlos, editarlos, imprimirlos, embalarlos y venderlos. Sé tratar todo tipo de noticias y, si no las hay, salgo a la calle y muerdo a un perro".

El gran carnaval (Ace in the hole)

Billy Wilder, 1951

1

La cifra se había quedado estancada desde hacía meses. Veinticinco mil cuatrocientos treinta y dos. “Muy alta para cualquier aficionado, incluso envidiable, pero irrisoria para alguien con mi potencial”, se dijo a sí mismo Carlos.

Había pasado horas revisando su vídeos y entrevistas. Comparó los de su primer año con los del último, una vez graduado. Le satisfacía su evolución: cómo había manejado a los entrevistados, cómo sabía vender noticias, incluso las malas.

—Has trabajado bien, pero ahora mismo no podemos tener más personas en nómina. Te tendremos en cuenta cuando haya una vacante.

Así se despidió el jefe de la redacción del periódico en el que había realizado las prácticas universitarias, uno de los más importantes del país, de los pocos que aún sacaban ediciones en papel en cada ciudad.

—No te preocupes, hijo, eres joven y lograrás todo lo que te propongas.

Esas palabras de su padre, cuando regresó de su último día de prácticas, no lograron animarle. Se encerró en su habitación y descargó la rabia que había contenido ante el jefe de redacción en su canal, hablando de las miserias del mercado laboral juvenil y la falta de oportunidades. Criticó al gobierno estatal, a ciertos “jefecillos” que se creen “jefazos” y se sintió como víctima de un sistema incapaz de reconocer su talento. Ese fue el vídeo con más interacciones de todos, casi mil. A pesar de tener tantos seguidores, no recibía tantas interacciones como deseaba. Y, desde que hizo aquel vídeo, no había logrado tanto éxito. Y lo había intentado en repetidas ocasiones.

Siempre tenía el apoyo de sus padres. Carlos, su padre, de quien había heredado también el nombre, le apoyaba y daba todo lo que necesitaba desde que nació. No tenía mucho dinero, ya que su sueldo de taxista no le daba para lujos, pero sumado al de su esposa, Manuela, quien trabajaba como limpiadora en un centro comercial, habían conseguido pagarle colegio, instituto y universidad privados. Ellos no habían tenido oportunidades para estudiar a lo largo de su vida. Querían que su hijo, su único hijo, tuviera las mejores.

Y no solo lo apoyaban, también lo defendían de todo y de todos. Sabían que podía lograr lo que quisiera, pero consideraban que necesitaba un respaldo, una protección. Desde pequeño tenía gran capacidad para hacerse oír, para imponerse verbalmente. Eso les gustaba, aunque no veían, o no querían ver, que no siempre llevaba la razón. El hecho de ver cómo hacía callar a otros niños y adolescentes de mejor situación económica los llenaba de orgullo. Por ello, cuando les dijo que quería estudiar periodismo, se lo imaginaron presentando informativos y siendo admirado por todo el país mientras informaba de la corrupción, las ocupaciones y los robos, esos problemas con los que eran bombardeados a diario por los medios de comunicación que seguían.

Estaban tan orgullosos de su hijo, que no les importaba renunciar a las vacaciones para que él si disfrutara de un merecido descanso en la playa.

Tras siete años de estudios universitarios, más del promedio al haber estado ocupado con su canal publicando vídeos y entrevistas, se había plantado con veinticinco años sin lograr ser el periodista que se había imaginado ser a esa edad.

—No corras, en cualquier profesión se necesita su tiempo para llegar a ser alguien —le había dicho un periodista, al que le faltaban meses para jubilarse, durante las prácticas.

Carlos quería correr, necesitaba ser alguien ya porque valía para ello. “¿Por qué esperar?”, se preguntó en voz alta. Y, en aquel momento, le vino a la mente la frase pronunciada por Charles Tatum, el personaje que interpretó Kirk Douglas en *El gran carnaval*, su película favorita y cuyo personaje principal admiraba.

Se levantó. Se quitó la camiseta y las calzonas, se puso una camisa de lino, por la que pagó ochenta euros, un pantalón del mismo tejido y precio, unos zapatos que costaban más que toda aquella ropa y, como si alguien le escuchara, ya que estaba solo en casa, pronunció aquellas palabras que sabía de memoria: "voy a morder a un perro".

Apagó el ventilador de techo de su habitación, cogió su pequeña cámara de vídeo, un micrófono y salió de su piso. Bajó las escaleras desde la cuarta planta. No tenían ascensor debido a que el edificio era demasiado viejo y no había espacio para uno.

Una vez en la calle, el sol lo golpeó con tanta fuerza que tuvo que cerrar los ojos. Empezó a sudar, pero era necesario que llevara esa ropa. La imagen era importante para que lo tomaran en serio. Se miró en un cristal del edificio para comprobar que tenía bien ajustado su pelo negro, definiendo la raya en su lado derecho de la cabeza. Acarició las gruesas patillas que llegaban hasta los lóbulos de las orejas. Sacó su móvil para comprobar que sus ojos marrones no estuvieran rodeados de la rojez de tantas horas delante de la pantalla.

Un niño de unos doce años, que estaba junto a otros buscando la sombra de unos soportales, le dijo algo. Estaba aburrido y creyó divertido insultar a otra persona. Las vacaciones escolares ya habían comenzado y, sin piscina, ni un sitio donde jugar mientras sus padres trabajaban, no tenían otro entretenimiento.

Carlos no oyó qué le dijo. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Además, ya se sentía preparado, como un futbolista cuando sale al campo con la indumentaria al completo, que le confiere más seguridad. Solo necesitaba encontrar una noticia o crear una de donde fuera. "Estoy sobradamente capacitado para ello", se decía continuamente. Eso le habían hecho creer desde siempre.

Lo que no se imaginó en aquel momento era que la noticia que iba a crear le llevaría a relacionarse e interactuar con personas de tanto peso. Siempre soñó con ello, aunque aquella calurosa mañana de lunes de inicios de julio su vida daría un gran cambio cuando se encontró con aquel hombre, su hombre, su noticia, el perro al que morder.

2

Se levantó de la cama segundos después de que la alarma sonara. Desde hacía meses no era necesaria, siempre estaba despierto cuando sonaba, mucho antes de que lo hiciera, incluso antes de despertarse María a las cinco de la mañana.

Dejaba puesta la alarma de su móvil porque tenía la necesidad de pensar que su rutina aún continuaba, aunque no era la rutina ni el trabajo deseado, tanto por la labor que desempeñaba como por el salario que cobraba. No era como antes, cuando se alzaba contento para ir a su tienda, a la que dedicó tantos años, esfuerzo y dinero, suyo y de sus padres.

Apagó la alarma porque tenía la obligación de ganar un salario acudiendo a muchos hogares para entregar lo que ni él ni su familia podían permitirse.

Fue a la habitación de Manuel y Lucía. Tardaron en despertarse y, más aún, en levantarse de la cama, sobre todo Manuel. A pesar de que Miguel tenía que estar a las nueve y media en el polígono situado al sur de la ciudad para que le asignaran el reparto del día, no metió prisa a sus hijos. Aún eran pequeños para ir acelerados como el mundo en el que vivían. Tenían solo siete y cuatro años, aunque Lucía cumpliría los cinco en dos meses, el siete de septiembre. Además, su suegra no vivía muy lejos. Tenía que dejarlos con ella y no en un campamento vacacional como en años anteriores. No podían permitírselo, como muchos de los enseres y juguetes de los niños que tuvieron que vender a través de distintas plataformas online. Y, posiblemente, tampoco podrían permitirse seguir viviendo en su piso.

Miguel apartó ese pensamiento de su mente. No quería volver a contagiar a los niños con su tristeza y preocupaciones. Aunque, por mucho que lo intentara, sus hijos ya sabían que su padre no era el

mismo de antes, a pesar de seguir recibiendo su cariño y amor. Estaba siempre agotado, como su madre. Y ambos pasaban más tiempo fuera de casa y ellos con Clara, su abuela materna.

—Vamos, tenemos que irnos ya.

Manuel y Lucía fueron obedientes y terminaron sus tostadas y vasos de leche. Siguieron a su padre al baño, se lavaron los dientes y se vistieron, Lucía con la ayuda de su padre. Miguel agradecía que no le dieran problemas a la hora de prepararse para salir. “Mis hijos son demasiado buenos”, se dijo Miguel reprimiendo las lágrimas.

Bajaron en ascensor, salieron del edificio y se subieron al viejo coche que había tenido que comprar de segunda mano cuando vendieron el Audi que tanto le gustaba a Miguel.

Tardaron solo diez minutos en llegar al piso de Clara. A aquella hora ya no había tráfico. La mayoría de los trabajadores ya estaban en sus puestos.

—Somos nosotros, Clara —respondió Miguel cuando su suegra preguntó por el telefonillo.

Miguel dio un beso a sus hijos y les pidió que se portaran bien con su abuela, algo que sabía que no era necesario que hiciera. Él no subió. Clara vivía en la primera planta y ya tendría la puerta abierta, daría un gran abrazo y varios besos a sus nietos, tanto por el amor que sentía por ellos como por sentirse útil y acompañada en su pequeño piso de treinta y cinco metros cuadrados. Había enviudado hacía tres años. Tuvo que vender su piso porque con la pensión que le quedaba no podía permitirse mantenerlo y pensó que era mejor comprar uno más pequeño y con el rédito obtenido de la venta de la otra vivienda tenía algunos ahorros para poder vivir relativamente cómoda y poder dar ciertos caprichos a sus nietos, aunque no fueran muchos. La única compañía de Clara era Lucy, una Jack Russel Terrier tan mayor como ella, con la que sus nietos se entretenían gran parte de la mañana.

Miguel se subió al coche y tardó en arrancar. Pensó en su madre. Le hubiera gustado que ella, también viuda, disfrutara de sus nietos, pero desde hacía cinco años no parecía disfrutar de nada en la residencia. El alzhéimer estaba muy avanzado y sus hijos eran muy pequeños para que vieran a su abuela en ese estado. A Miguel le

resultaba muy duro ver cómo se consumía cada semana, en cada visita que realizaba los domingos. Tenía algo de esperanza en que su visita semanal fuera de ayuda. Las auxiliares le decían que sí, que siempre las visitas ayudaban. Al principio tenía dudas, pero, tal y como le dijeron las trabajadoras de la residencia, al observar el rostro de su madre veía que se distendía cuando oía su voz y sentía el contacto de su mano. Durante las primeras semanas de su ingreso en la residencia le hablaba de sus nietos, de sus vecinas, de cómo le iba en la tienda. En las últimas semanas permanecía en silencio sujetándole la mano. Lo único que se le venía a la mente para contar eran problemas y eso no le causaba ningún bien a su madre.

En aquellos momentos necesitaba las historias que contaba Santi, su hermano, pero él se había desentendido de todo. Desde pequeño había sido egoísta y con la edad ese defecto había crecido hasta ser el rasgo principal de su carácter. Vivía su vida sin comprometerse con nadie, ni con su familia, ni siquiera había querido formar una propia.

Puso en marcha el coche. Tenía que ir a trabajar y quería alejar de su mente otro de los motivos por los que le dolía pensar en su madre: ella le había dado todos sus ahorros para montar la tienda y él prometió devolvérselos... Su madre tuvo que vender su piso por un valor inferior al de mercado y utilizar ese dinero y la poca pensión de viudedad que le quedaba para que estuviera lo mejor cuidada posible. Su hermano reclamó parte del dinero.

Miguel batalló para que el dinero de esa venta complementara el coste mensual de la residencia. Miguel necesitaba también ese dinero, pero en el momento que vendieron la vivienda no estaba sumido en la depresión ni en la desesperación, aunque no tardaron en apoderarse de él.

Y María lo apoyaba en todo, aunque estaba tan agotada de madrugar, incluso los sábados, y de su trabajo tan duro de limpieza que no quería gastar más energía en los problemas de la familia de su marido. Demasiado tenía con lidiar con su día a día intentando evitar que la desesperación también se apoderara de ella. Al ser hija única, no iba a tener los mismos problemas que Miguel, pero las malas decisiones que ella había tomado desde su adolescencia

habían hecho que, con treinta y cinco años, los mismos que su marido, tuviera un rostro y un cuerpo de casi cincuenta, que las canas poblaran gran parte de su cabello negro y que el azul de sus ojos perdiera intensidad.

Miguel recorrió con calma las calles de la ciudad. Había pocos transeúntes. El calor ya apretaba, a pesar de la hora, y quienes no tenían la obligación de estar en la calle, buscaban el frescor de los hogares, cafeterías o centros comerciales. En poco más de media hora él estaría sufriendo los contrastes de temperatura que suponía el aire acondicionado de la furgoneta y el calor de la calle cuando tuviera que entregar los paquetes, algo que le producía un gran dolor de cabeza.

Se paró cuando el semáforo se puso en rojo. Estaba sumido en sus pensamientos. Su camiseta tenía surcos de sudor. No quería poner el aire acondicionado en su vehículo porque tenía que gastar lo mínimo indispensable. Observó los demás coches con las ventanillas subidas y sin que sus ocupantes sudaran como él. Al apartar la mirada de esos vehículos, sus ojos se toparon con el edificio al que debía acudir al día siguiente. Esa cita que tenía concertada era otro motivo por el que no podía dormir.

Miguel cerró los ojos. Permaneció así durante varios segundos hasta que el sonido de un claxon le avisó de que el semáforo había cambiado de color y debía ponerse en marcha. Arrancó y aceleró lo más rápido que el viejo vehículo le permitió.

Llegó tarde al trabajo. Recibió una reprimenda del encargado. No le afectaba nada de lo que dijera. Miguel había sido su propio jefe durante los años que tuvo la tienda y, cuando alguien inicia una caída como la suya, no le importa qué le puedan decir personas mediocres que se creen superiores por tener una pegatina donde está escrita la palabra "encargado". Además, cuando alguien estaba tan desesperado como Miguel por problemas reales, las palabras de personas mediocres no hacen daño y, menos aún, cuando Miguel tomaría en tan solo cuarenta y ocho horas una medida tan desesperada para su grave problema.

3

-

Respeto a la verdad.

-

Principio de la libertad de investigar y de difundir la información y la libertad de comentario y crítica.

-

Respeto al derecho de las personas a su propia intimidad.

-

Toda persona es inocente mientras no se demuestre lo contrario...

—Esta no hace falta nombrarla —se dijo en voz alta.

-

El periodista extremará el celo profesional en el respeto a los derechos de los más débiles y los discriminados.

-

Diferenciar con claridad entre información y opinión.

—Dejaré la antepenúltima para el final y pondré mayor énfasis en “débiles” y “discriminados”.

Necesitaba hablar en voz alta, aunque nadie lo escuchara, así lograba saber si sonaba de la misma manera que en su cabeza, además de considerarlo una buena manera de memorizar.

Dejó el “Código deontológico del periodismo” que su padre le había enmarcado como regalo de graduación sobre su escritorio y se recostó en su silla negra de oficina sin apartar la vista de ese código. En realidad, no era la totalidad del código, ya que su padre había obtenido una imagen de Internet, la imprimió y se la regaló. Carlos estuvo a punto de rechazarla, pero la emoción que desprendía la mirada de su padre hizo que fingiera una sonrisa y mintiera al darle las gracias. Solo tardó cinco minutos en enterrarlo en un cajón de su armario. Incluso había olvidado que estaba allí. Lo encontró mientras buscaba la ropa adecuada para el día siguiente porque estaba seguro de que lograría convencerlos esa noche y en veinticuatro horas, o tal vez menos, estaría cubriendo su gran noticia.

Se dibujó en su rostro una amplia sonrisa al imaginar su gran éxito. Y también sonreía por lo útil que le sería aquel código. Lo repitió en voz alta. Debía memorizarlo, solo por unas horas. Después de ese día no necesitaría recordar su contenido.

—La comida está lista —gritó su madre al otro lado de la puerta.

Carlos se levantó de la silla y se puso una camiseta de marca sin mangas, muy parecida con la que jugaban muchos tenistas. No le gustaba comer sin camiseta, por si se manchaba el cuerpo. Además, en el salón sí había aire acondicionado.

—¿Has apagado el ventilador?

—No —respondió Carlos, que ni hizo el intento de regresar a su habitación, sabiendo que su madre lo apagaría.

Carlos se sentó a la mesa y apoyó el móvil junto a los cubiertos. Empezó a comer el salmorejo sin esperar que su madre se sentara. A su padre no era necesario esperarlo porque casi siempre comía un bocadillo mientras esperaba clientes durante las doce o catorce horas que estaba fuera de casa los seis días a la semana que trabajaba.

Su madre se sentó frente a él, se sirvió salmorejo y comieron sin hablar mientras veían las noticias del mediodía. Carlos desviaba continuamente la mirada a su móvil cuando sonaban notificaciones de mensajes y noticias de diferentes redes sociales.

—Es una vergüenza.

Carlos no prestó atención a su madre.

—Este gobierno y el Jiménez nos van a llevar a la ruina.

Lola seguía hablando. Estaba habituada a que su hijo no le respondiera. Tampoco lo solía hacer su marido, quien se limitaba a murmurar, enfadado, las noticias que veía durante la cena en el mismo canal de televisión desde hacía veinticinco años.

—¿Te sirvo la ensalada?

Carlos asintió sin haber oído qué le había preguntado su madre. Estaba ausente. Lola pensaba que su hijo estaba viendo noticias de actualidad, lo que solían hacer los periodistas. Carlos estaba visitando el perfil de Beatriz, su exnovia, que estaba en la playa con su nuevo novio. Carlos había creado un perfil falso para que no lo identificara, no solo para seguir la vida de Beatriz, sino también para entrar en perfiles de personajes públicos, hacer comentarios —“decirles verdades como puños”, aseguraba él— sobre sus vidas, tanto pública como privada.

—¿Algo malo? —preguntó su madre cuando Carlos silenció el móvil y lo dejó bocabajo sobre la mesa para no ver las luces de las notificaciones parpadeando.

—La misma mierda de siempre —dijo cortando el filete de pollo con rabia y comiéndolo con ansias—. ¿Y ese cabrón qué hace ahora? —preguntó señalando la televisión con el cuchillo que utilizaba para cortar la carne.

—Inaugurar una empresa para hacer ver que todo va bien, como si no supiéramos cómo es él ni la realidad en la que vivimos.

Carlos miraba la televisión fantaseando que presentaba el informativo o participaba en la tertulia que seguía a las noticias sin miedo a hablar de verdades sobre ciertos políticos. Sabía que nadie se atrevería a hablar como él lo haría. Imaginarse en esa situación hizo que sus ánimos aumentaran y se sintiera con fuerzas para ir a aquel piso para convencerlos de que su idea era lo mejor para que aquella familia saliera del grave problema en el que se encontraba.

—Quiero informar de una injusticia que no solo ayudará a vosotros, también a cientos o a miles de familias como la vuestra.

—¿Qué has dicho?

—Pensaba en voz alta —se limitó a contestar a su madre.

Lola no le dio importancia. Conocía a su hijo. Hablaba muchas veces solo en voz alta. Y sabía que a él no le gustaba que le repitieran o insistieran con preguntas.

Cuando Carlos terminó de comer la sandía se levantó, cogió su móvil y se fue al baño a cepillarse los dientes. No recogió los cubiertos ni los platos. Siempre lo hacía su madre y jamás le había pedido que él lo hiciera.

Después de cepillarse los dientes regresó a su habitación. Encendió el ventilador de techo, se quitó la camiseta, la lanzó sobre la cama y sentó en la silla de oficina frente al escritorio. Dio una ojeada a la habitación. Necesitaba encontrar algo que le evitara pensar en Beatriz.

En las tres estanterías que estaban frente a él solo había dos libros: "A sangre fría" y "Territorio comanche". Se los había regalado sus padres porque habían leído en Internet que fueron escritos por periodistas y tenían muy buena valoración. Carlos no los había leído, pero creía que quedaban bien allí. Si alguien le preguntaba por sus novelas favoritas, podía nombrarlas, aunque llevara años sin tener una entre las manos, desde que dejaron de obligarle a leer literatura en el instituto. Lo que tenía que leer en la universidad lo dejaba para la inteligencia artificial, así obtenía resúmenes de la tediosa tarea que le suponía la lectura.

Después de desplazar la vista por las paredes decoradas con carteles de dos grupos de música y de su película favorita, posó su mirada sobre el código deontológico. Sonrió. Iba a funcionar. Estaba seguro. Cogió su móvil con la seguridad de que en pocos días sería su exnovia la que visitaría sus perfiles por el éxito que tendría.

Se levantó de la silla para tumbarse en la cama y así echarse una siesta. Antes de dormir hizo dos cosas. La primera de ellas, contestar mensajes que tenía pendientes desde hacía media hora y mirar las publicaciones de quienes seguía en redes sociales; la segunda, borrar todas las críticas que había hecho en su perfil con su nombre real al gobierno y los partidos que lo apoyaban. Debía mostrarse como un periodista neutral, sin inclinaciones políticas. Le llevó veinte minutos borrar parte de esas publicaciones. Se sintió cansado. Dejó el móvil sobre la mesita de noche.

—Borraré el resto cuando despierte. Y tú volverás al cajón esta noche —se dirigió al código deontológico como si fuera una persona, algo real.

Carlos cerró los ojos y se sumergió en un plácido y tranquilo sueño, el que solo logran las personas que piensan que hacen lo correcto, sin reflexionar sobre los perjuicios que pueden causar a los demás.

4

Antes de cruzar la puerta, recordó el momento en el que accedió al interior de aquel edificio diez años atrás. Le telefonearon un viernes para que acudiera el lunes siguiente. Preguntó si se lo habían aceptado. Como si fuera una película de suspense, no respondieron a su pregunta.

—El director le informará. Que tenga un buen fin de semana —se limitó a contestar la secretaria.

Miguel nunca había tenido una gran memoria, pero sí recordaba aquellas palabras y los nervios que lo acompañaron durante todo el fin de semana, unos nervios que en ocasiones lo llevaban a la euforia al pensar que lograría realizar su proyecto y, en otras ocasiones, se desanimaba al creer que su solicitud sería rechazada.

La noche de aquel domingo apenas pudo dormir. Ni dejó dormir a María. Ella acudió muy agotada a su trabajo. Miguel estaba muy activo por los nervios que se acumulaban en su estómago.

Diez años atrás acudió al banco con su mejor traje, aunque sin la corbata que iba a juego con el tono azul marino. Se puso una camisa blanca y unos zapatos negros. Sudaba a pesar de la temperatura fresca de aquel mes de octubre.

Llegó a las diez de la mañana, media hora antes de la cita. Aun así, tuvo que esperar hasta las once para que el director pudiera atenderlo. Durante la eterna hora de aguardo buscó distracción con los contenidos publicados en distintas redes sociales. Eso lo puso más nervioso por la cantidad de información que recibía.

Se quedó mirando fijamente la puerta del despacho del director del banco esperando que aquella sombra que se distinguía sentada tras los cristales opacos hiciera algún tipo de movimiento.

—Buenos días, Miguel.

—Buenos días, Cayetano.

Miguel se secó el sudor de la mano antes de estrechársela al director.

—Disculpa que vaya directamente al grano, pero tengo mucho lío —dijo Cayetano sentándose de nuevo y cogiendo varios papeles para ojearlos.

—Sí, mejor ir al grano.

—¿Nervioso? —sonrió el director del banco.

—No sabes cuánto —Miguel intentó sonreír, pero solo le salió una mueca extraña mientras una gota de sudor caía por su frente.

—No deberías. Hemos aprobado la rehipoteca de tu vivienda como garantía. Enhorabuena.

Miguel no fue capaz de articular palabra alguna. Soltó un suspiro de alivio. Se levantó y estrechó la mano de Cayetano enérgicamente. Por fin iba a cumplir el sueño de tener su propio negocio.

—Gracias, muchas gracias —consiguió decir un minuto después de recibir la noticia.

—Una tienda de *running* es un buen negocio. Es una actividad que está en auge. Se ha puesto de moda y creemos que irá bien.

A Miguel siempre le había apasionado el atletismo. Había estado en un equipo durante casi veinte años e, incluso, había logrado medallas en competiciones regionales. En el periodo que inició el negocio seguía corriendo, aunque solo para mantenerse en forma. Solo acudía a las competiciones para darse publicidad. Tenía muchos conocimientos sobre calzado y ropa de *running*, por ello decidió emprender aquel negocio, además de para ser su propio jefe y tener un trabajo que sabía que haría bien.

Y le fue muy bien durante los primeros años. Tenía muchos clientes y los miembros de su antiguo equipo de atletismo iban allí a comprar material, además de otros que Miguel conocía, haciéndoles descuentos especiales para mantenerlos como clientes.

Estaba feliz y la llegada de Manuel, su hijo mayor, hizo que la felicidad aumentara. Trabajaba duro por él, para que tuviera todo lo que necesitara. Su mujer tuvo que dejar el trabajo porque Miguel solo podía dedicar tiempo a su familia por las noches. Además, iba tan bien la tienda que podían pagar el valor de dos hipotecas y vivir cómodamente con el negocio.

Pero toda esa felicidad y tranquilidad finalizó cinco años atrás, con una pandemia que golpeó primero su tienda, que tuvo que permanecer cerrada varias semanas, y, posteriormente, el golpe más duro fue que el modelo de negocio cambió. Muchas personas, un gran número de ellas, compraba todo por internet, apenas iban a las tiendas físicas.

Miguel tenía la esperanza de que fuera algo temporal. Esa esperanza duró pocos meses. Pagó a una empresa para vender sus productos *online*, pero había llegado tarde a ese modelo de negocio. Además, no podía competir con los precios de las grandes empresas y multinacionales.

Diez años después de comenzar su sueño estaba en aquel edificio para reunirse con Cayetano, pero por otro motivo muy diferente. Y Miguel no era el mismo, ni su aspecto descuidado, sin afeitar, con un polo naranja consumido por los años, pantalón corto beige y deportivas que antes eran blancas. Por él parecía haber pasado veinte años. En cambio, por Cayetano el tiempo no había pasado. Se conservaba bien a pesar de tener, al menos, veinticinco años más que Miguel.

En lo que sí había pasado el tiempo era la situación del banco, cuyo crecimiento había logrado que tuviera más presencia a nivel internacional, abriendo sucursales en otros países, tras haber absorbido a entidades más pequeñas. Y también porque Cayetano apenas lo hizo esperar y no se levantó cuando entró en su despacho. —Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo? —preguntó al cabo de varios segundos cuando se percató del frío recibimiento que había realizado.

—No, gracias. Vaya al grano, como a usted le gusta.

Miguel no hizo nada por ocultar su malestar. Lo estaba perdiendo todo, hasta las ganas de vivir. No quería que lo tuteara alguien que estaba dispuesto a arruinar uno de los bienes materiales más preciados que puede tener una persona.

—Está bien, pero antes...

—Ya he recibido las notificaciones y habéis ignorado mis peticiones de ampliación del tiempo de hipoteca. Así que le ruego que sea honesto y claro.

Cayetano lo miró a los ojos por primera vez desde que entró en su despacho. No le gustó la rabia que transmitía la mirada de Miguel. Eso le dio ánimos para hablar sin tapujos, aunque dejó de tutearle.

—Si no paga los atrasos pendientes, el mes próximo tendrá que irse de la vivienda.

—No tendré que irme, me desahucian. A mí y a mi familia.

—Como quiera llamarlo.

—¿Y mis peticiones?

—Mire, lo he intentado, pero...

—Pero no os da la gana —Miguel alzó la voz.

—No es así...

—¡Claro que lo es!

—Si sigue gritando tendré que pedirle que se marche o llamaré a seguridad.

—¡Váyase a la puta mierda usted y su banco!

No hizo falta que Cayetano llamara a seguridad, se había adelantado su secretaria. Ella sabía el motivo por el que Miguel estaba allí y también sabía qué ocurriría. Lo había visto cientos de veces. Por eso, cuando Miguel abrió la puerta del despacho se topó con un miembro de seguridad del banco.

—Acompáñeme a la salida.

—¡No me toque! —gritó Miguel cuando intentó cogerle del brazo.

—No grite.

El miembro de seguridad se apartó e hizo un gesto para que Miguel caminara delante de él. Miguel caminó a paso acelerado. Deseaba salir de aquel edificio. A pesar del frío que hacía en el interior por la intensidad del aire acondicionado, Miguel sudaba por rabia y, sobre todo, por impotencia. Lo iba a perder todo y no podía hacer nada. No sabía resolver la grave situación en la que se encontraba.

Por ello, cuando salió del edificio *Phetioca* no controló lo que sí había logrado controlar segundos antes: todo el dolor que llevaba acumulando meses, un dolor que le había oprimido tanto el pecho que, en muchas ocasiones, le impedía respirar.

—¡Hijos de puta! ¡Miserables de mierda! ¡Me vais a dejar sin hogar!
¡Le vais a quitar el hogar a mis hijos!

Los pocos transeúntes que había en aquella calurosa mañana le miraban sin pararse, alguno incluso lo grabó con el móvil. Nadie hizo nada, ni cuando se dejó caer de rodillas al suelo y las gotas de sudor se confundían con las lágrimas.

Dos minutos después, cuando logró ponerse en pie, se dio cuenta que sí había una persona que se había parado a observarle. Llevaba una pequeña cámara.

—¿Qué haces? —gritó Miguel con rabia.

—Ayudarte.

—¿Qué sabes tú de mis problemas?

—Sales de un banco. Gritas algo sobre tu vivienda. Imagino el motivo de tu desesperación.

Miguel miró a aquel joven. En otra situación habría dudado, pero ese joven había usado la palabra más adecuada para su situación: desesperación. Y cuando alguien está desesperado acepta propuestas de desconocidos, sobre todo cuando ya no se encuentran otras alternativas.

—¿Cómo vas a ayudarme? Nadie puede.

—Yo podría.

Miguel asintió a la pregunta que le formuló tras pensar unos segundos.

En un inicio pensó que no, pero recordó que él y María sí firmaron, a pesar de las dudas iniciales y por ahorrar quinientos euros al año, el documento del que le había hablado aquel joven.

—Entonces mi propuesta puede funcionar. ¿Tomamos algo fresco en el bar de la esquina? Yo invito.

—¿Por qué quieres ayudarme? —preguntó Miguel cuando se levantó.

—Me llamo Carlos Liques. Soy periodista y los periodistas tenemos un deber con la sociedad.

5

Llevaba demasiado tiempo manteniendo la calma o, al menos, aparentándola. Por ella misma, por su marido y, sobre todo, por sus hijos. Estos no eran culpables, ni conscientes, de la situación en la que se encontraban y debían seguir siendo felices e inocentes. Por eso también se asustaron cuando vieron a su madre tan enfurecida y la oyeron gritar por primera vez en sus cortas vidas.

—Ya ha acabado. Váyase. ¡Que se vaya de esta casa! —gritó mientras señalaba la puerta.

Tras unos segundos, su marido indicó al visitante que lo acompañara a la puerta. María se quedó observándolos sentada junto a la mesa del salón intentando controlar el temblor de sus manos. Todo el cansancio acumulado a lo largo del día había desaparecido. El calor que hacía en su piso había aumentado el ardor que sentía en su cuerpo.

María sintió la mirada de Miguel detrás de ella, esperando una señal para hablar de lo sucedido, pero ella lo ignoró.

—Voy a preparar la cena —dijo finalmente Miguel.

Los niños volvieron a su juego de construcción. Manuel daba indicaciones a Lucía como si fuera un profesor. A María esa imagen siempre le provocaba ternura, pero eso día había salido todo lo que llevaba tiempo reprimiendo y no fue capaz de controlar.

Había reprimido la impotencia por no encontrar ninguna solución a los problemas económicos que habían surgido en los últimos años. Estaba enfadada consigo misma por no haber sido más disciplinada de joven y haber cursado estudios superiores. “Si lo hubiera hecho tendría un trabajo en el que me pagaran más”, se decía continuamente. Y había reprimido demasiado ese dolor que sentía en el pecho por lo que podría ocurrir con su vivienda y la condena que sufrirían sus hijos.

Lo que jamás reprimió fueron las lágrimas, siempre en soledad, ya que sus hijos no tenían culpa de su situación y Miguel estaba sumido en una depresión, que él no quería reconocer, y ella tenía miedo de que tomara alguna decisión desesperada, como la que le había propuesto aquella noche junto a aquel joven periodista.

Mientras Miguel terminaba de preparar la cena, ella buscó información en internet sobre Carlos Liques. Uno de los gastos que pensaron en quitarse para ahorrar dinero era el de los teléfonos móviles, pero, ya todo funcionaba a través de redes sociales y aplicaciones: ofertas de trabajo, comunicaciones con la empresa, información sobre el colegio de los niños... Tuvieron que prescindir del aire acondicionado y dar de baja el gas, volviendo a usar bombonas de butano, además de cortarse ellos mismos el pelo y María dejó de ocultar sus canas, aparentando una edad mayor que los treinta y cinco años que tenía.

La primera vez que se vio con tantas canas sintió un pequeño dolor en su pecho. Ya estaba habituada. Además, tenía problemas verdaderamente graves. Tener canas y no poder teñirte eran, como decía otra limpiadora de su empresa, “problemas del primer mundo”. Conectó los auriculares al móvil y empezó a ver los vídeos que Carlos Liques tenía en su canal y en sus perfiles de redes sociales. Al inicio los veía completos, pero al cabo de quince minutos, solo veía partes de esos vídeos. El chico hablaba bien, pero en ocasiones sus contenidos resultaban chirriantes y manipuladores. Tal vez por su juventud o, tal vez, porque tenía una percepción de la vida demasiado alejada de la realidad, de ciertas realidades.

Miguel sirvió la cena. María dejó el móvil en la mesita donde guardaban las llaves de la casa y los cables, y sobre la que estaba una pequeña lámpara que iluminaba tenuemente el salón. Otra medida para ahorrar gastos estaba en la luz: solo encendían lo necesario y utilizando bombillas de muy bajo consumo.

Cenaron en silencio o casi. Los niños contaban, de vez en cuando, qué habían hecho con su abuela aquella mañana mientras sus padres asentían con las miradas perdidas.

—¿Por qué no puedo ir a un campamento de verano con mis amigos?

Miguel y María se miraron. Ella le indicó con la cabeza que contestara él. Esa noche no era capaz de hablar de manera sosegada.

—Ya lo sabes, Manuel. Te lo hemos explicado varias veces.

—Pero mis amigos dicen que no cuesta tanto.

—Yo quiero ir a la piscina —dijo Lucía.

En el conjunto de bloques en el que vivían, había una piscina comunitaria donde iban todos los vecinos siempre que pagaran la intercomunidad. Miguel y María llevaban meses sin abonarla ni tampoco la comunidad de su bloque. Habían recibido avisos y, dos semanas atrás, la amenaza de ser denunciados ante la justicia.

—Terminad de cenar en silencio.

María se levantó y llevó su plato y cubiertos a la cocina. Guardó en un táper el resto del salmorejo que no tenía ganas de acabar y envolvió en papel de aluminio el jamón de york que ni había tocado. Se quedó en la cocina pensando en todo lo que tenía: una vivienda de nueva construcción, con tres habitaciones, en un buen barrio, una vida construida para darles a sus hijos aquello que ellos no tuvieron... y una condena a vivir peor que ella en su niñez, viviendo de ayudas sociales...

—Yo friego —dijo Miguel.

—Voy a acostar a los niños —María salió de la cocina y de sus pensamientos.

Regresó al salón cuarenta y cinco minutos después. Manuel se durmió rápido. A Lucía le costó mucho más. María pensó que su hija sentía la misma inquietud que su madre. No quería transmitirle sus miedos y preocupaciones. Ese pensamiento desapareció al ver a Miguel, sentado en el suelo junto a la terraza, buscando algo de la luz que proyectaba la luna, leyendo los mismos documentos que le había enseñado al periodista.

—¿De verdad sigues con eso? —María alzó de nuevo la voz.

—Sí. ¿Hay otra solución? Si la hay, por favor, dímela.

Miguel metió los documentos en la carpeta azul con líneas rojas que le dio el banco cuando firmaron la hipoteca y la rehipoteca junto con el resto de la documentación.

—Podemos encontrar trabajos mejores.

—No hay ni tiempo ni tampoco trabajos mejores. Llevamos años diciendo que debemos encontrar algo mejor y no ha llegado —suspiró Miguel—. A situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

María cogió su móvil y se sentó en el suelo junto a Miguel. El suelo de falso mármol estaba fresco y eso calmaba el calor de su interior.

—Mira esto.

Subió el volumen del teléfono y le enseñó varias partes de los vídeos de Carlos Liques.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”? ¿No ves que en sus vídeos intenta manipular a la gente?

—Lo sé —dijo secamente Miguel—. Ya lo había visto y eso es lo que necesitamos.

—Eso es lo que crees que necesitas —la indignación de María iba en aumento.

—¿No te gusta por su ideología política?

—Sí, eso también —contestó María tras varios segundos—. Pero ese plan es una locura. Hay cientos de personas que lo han hecho realmente y nada ha cambiado.

—¿Y si funciona?

Se miraron en silencio. Hacía meses que no se miraban con aquella intensidad. Al cabo de un minuto las lágrimas rodaban por las mejillas de ambos.

—Tengo miedo —dijo María apoyando su cabeza sobre el hombro de Miguel.

—Yo tengo miedo de que nos quiten esto. Yo he creado este problema y yo lo resolveré.

—No es solo tu problema. Yo también podría haber logrado un trabajo mejor si yo hubiera est...

—No digas eso —la interrumpió Miguel—. No es cierto y lo sabes.

—No quiero que lo hagas —suplicó María.

—Si no somos capaces de encontrar otra solución, mañana lo haré.

Miguel se levantó. Todo su cuerpo sudaba. Solo llevaba unas calzonas de deporte y también sentía que le pesaba.

María también empezó a sentir calor. Llevaba un fino pijama de verano, pero no se sentía cómoda quedándose sin camiseta en verano, ya que las ventanas estaban abiertas y las persianas levantadas, pudiendo ser vista por los vecinos.

Lo que no pensaba era que al día siguiente se sentiría desnuda al ser observada por millones de personas de distintos lugares del mundo al no haber encontrado una mejor solución, solo la propuesta de alguien en quien jamás hubiera confiado.

6

Dejó que sonara el teléfono. Respondió al sexto tono de llamada, aunque sonrió desde el primero, cuando vio el nombre reflejado en la pantalla. Intentó que su voz pareciera seria, pero no podía evitar que la sonrisa se mantuviera dibujada en su rostro.

—Dígame.

—Lo haré.

—Has tomado la mejor decisión, Miguel.

—Eso espero, Carlos.

—A pesar de que creía que no se acabaría llevando a cabo, he estado documentándome más sobre ese tipo de seguro que tienes vinculado con la hipoteca y es tal y como te expliqué. Casi todos funcionan de la misma manera.

Carlos había logrado ocultar su sonrisa, aunque nadie lo veía, ni su interlocutor ni sus padres, quienes estaban sentados en el salón viendo un *reality*. Carlos siempre había estado orgulloso de saber mentir muy bien y lograr ser convincente mientras mentía. Casi siempre lo lograba.

—¿Podremos acceder sin problema?

—Por supuesto, confía en mí. Te escribo por la mañana y te confirmo la hora y el punto exacto de encuentro.

—De acuerdo.

—Antes de que me olvide. No te afeites y ponte la ropa y el calzado más viejo que tengas. —Se produjo un incómodo silencio—. Miguel, ¿sigues ahí?

—Sí, solo que no lo entendemos.

Carlos comprendió que Miguel tenía activado el altavoz del teléfono y María también estaba escuchando.

—Alguien desesperado y con graves problemas no va arreglado ni cuida su aspecto. Al menos esa es la imagen que tiene la gente de

una persona en esa situación, ¿no es así?

—Sí —contestó Miguel tras unos segundos de silencio.

—Todo irá bien. No os preocupéis. Descansad, que mañana será un gran día.

Miguel cortó la llamada sin decir nada más. “O tal vez la cortó María. Además, creo que he exagerado con esa última frase”, pensó Carlos, mientras recuperaba la sonrisa.

Continuó con su proceso, como él llamaba, de *documentación*, que consistía en obtener información a través de la Inteligencia Artificial y grabarla en su teléfono móvil. No necesitaba corroborarla, solo necesitaba saber que esa era la información que serviría a su propósito. Además, a Miguel y María les valían sus palabras y estaba convencido de que una gran mayoría de personas lo creería.

—Y a los que no me quieran creer, ya me encargaré yo de ellos con argumentaciones que no serán capaces de rebatir. Mi voz será más alta que la de cualquier otro.

—¿Has dicho algo?

—No, mamá. Solo ensayaba un reportaje.

—Muy bien —dijo su madre orgullosa—. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo —se despidió su padre mientras caminaba arrastrando los pies hasta su habitación.

Carlos no les respondió. Cuando apagaron las luces del salón se volvió a centrar en el día siguiente. Aún tenía mucho que preparar.

Encendió una pequeña lámpara de su escritorio y abrió una aplicación de notas en su ordenador que estaba vinculada a la misma aplicación que tenía en su teléfono móvil. Siempre había necesitado tenerlo todo controlado y debía asegurarse de que no se olvidaba de nada. Una vez tuviera todo, prepararía el mensaje que debía comunicar Miguel.

—Cámara, tarjeta SIM de la cámara, micrófono —hablaba en voz alta para que la aplicación transformara las palabras pronunciadas en escritas y así Carlos no tenía que teclearlas—, dron, documentación de seguros de vida, ley de Vivienda, nombre del director de la sucursal, nombre del dueño del banco, cargadores externos para móvil y cámara, auriculares, agua...

Carlos hizo una pausa para repasar lo anotado por si se olvidaba de algo. Mientras hacía el repaso se distrajo con varias notificaciones que llegaron al mismo tiempo, dos de ellas de noticias que no le interesaban. También llegó otra más interesante sobre el inicio de la campaña electoral nacional que se iniciaba en dos días y, otra también de su interés, en la que un amigo le confirmaba que podía alquilarle su dron.

—*“Te pagaré los doscientos euros”* —escribió Carlos.

—*“Por adelantado”* —le exigió su amigo.

—*“¿No te fías de mí?”* —Carlos acompañó esas palabras de tres emoticonos con cara de ángel.

—*“Te conozco, así que sabes la respuesta”*.

Carlos tardó en contestar. Sentía rabia. Tenía que controlarla.

—*“Te hago bizum”*.

—*“Cuando lo reciba te confirmo”*.

—*“Y yo te diré sitio y hora”*.

Dejó el móvil sobre la mesa. Que desconfiaran de él siempre le había hecho sentir iracundo contra el mundo. Y que su amigo pensara que no le pagaría o se demoraría en hacerlo porque la anterior vez que le alquiló el dron tardó dos semanas en pagarle...

—Calma, calma. Lo tienes y eso es lo que importa.

Antes de continuar con la preparación se fue al salón, cogió el móvil de su padre, lo desbloqueó, abrió la aplicación de la entidad bancaria y envió el dinero a la cuenta de su amigo. Si su padre se daba cuenta que le faltaban esos doscientos euros Carlos le daría trescientos, ya que estaba convencido de que ganaría mucho dinero con Miguel. Y también estaba convencido de que su padre rechazaría ese dinero, orgulloso de lo que su hijo había logrado.

—Acceder a la azotea.

Las palabras pronunciadas se plasmaron en texto en su ordenador. Carlos fijó la mirada en ellas, lo único que no controlaba. Sabía que siempre podía conseguir lo que se propusiera, pero en aquel momento no era capaz de resolver esa cuestión.

Se levantó, encendió la luz de su habitación y abrió las puertas del armario. Miró los veinte juegos diferentes de polos y camisas de lino que tenía y otros tantos pantalones de verano. La ropa de invierno

estaba guardada en el trastero, que había pedido a su padre que alquilara, perfectamente ordenada y plegada en dos baúles. Elegir la ropa le ayudaba a relajar la mente y pensar con claridad para poder acceder a la azotea del edificio. Llegar hasta la planta veinte no debía ser un problema. Acceder a la azotea se había convertido en uno.

Carlos regresó a su ordenador sin haber decidido qué ropa ponerse al día siguiente. Solía saltar de una cosa a otra. Esta vez lo había hecho cuando recordó una página web donde los usuarios subían planos de edificios importantes.

—Planos del edificio *Phetioca*.

La inteligencia artificial tardó tres segundos en facilitarle esa información. Carlos había elegido una profesión y un mundo en el que todo se mueve a gran velocidad y él quería ser el más rápido.

—Ahí estás —dijo sonriendo—. Planta veinte, edificio *Phetioca*.

Otra vez la inteligencia artificial le facilitó la información solicitada en cuestión de pocos segundos. La sonrisa de Carlos se amplificó. Ya sabía cómo accederían a aquella planta, pero antes debía enviar un mensaje.

—“*Ve vestido con la mejor ropa que tengas y la vieja llévala en una mochila*”.

—“*Vale*”.

La respuesta la recibió diez segundos después. Que Miguel no estuviera durmiendo era buena señal. La falta de descanso produce más nerviosismo y su aspecto sería aún peor, sobre todo porque se le marcarían más las ojeras y su expresión sería aún más compungida.

—Necesito más dinero.

Carlos borró aquellas palabras del ordenador. No necesitaba que figurara en sus notas, sino en su bolsillo. Abrió la aplicación del móvil de su cuenta bancaria. Solo tenía cien euros. Su padre no le había transferido el dinero semanal. Los pocos remordimientos que pudiera tener por haber enviado el dinero a su amigo desaparecieron. “Mi padre no había cumplido con su deber”.

Regresó al salón, cogió el móvil de su padre y transfirió doscientos euros a su cuenta. No podía llevarse la tarjeta bancaria de su padre,

cuya clave también conocía, así que sacaría dinero con su propia tarjeta y sobornaría a un vigilante de seguridad o alguien de mantenimiento para que le abriera la puerta de acceso a la azotea una vez estuvieran en la vigésima planta.

Iba a dejar el móvil de su padre en su sitio cuando se dio cuenta de que necesitaría otros doscientos euros para que aquello tuviera más alcance.

Mientras transfería el dinero otra idea surgió.

—¡Una cuenta bancaria! —gritó.

Regresó a su habitación y entró en la página web de su banco.

—No, mejor otra. Banca en línea.

La inteligencia artificial le ofreció un listado de bancos que no tenían sucursales físicas para abrir una cuenta. Esos bancos, que solo funcionan a través de internet, ofrecían muchas facilidades para crear cuentas. Y Carlos la iba a necesitar para recaudar fondos para Miguel. No pudo evitar una carcajada. Tuvo que poner sus manos en la boca para que el sonido no despertara a sus padres.

—Eso también.

Las ideas iban surgiendo a más velocidad. Encontró una página web que vendía productos cuyos diseños podían personalizarse. La inteligencia artificial hizo lo que él pidió en segundos.

Carlos, satisfecho, se frotó las manos. Repasó todos los productos, leyó los mensajes que había escrito para que no hubiera errores y pudiera atraer a la gente a comprarlos.

Entró en los perfiles de las diferentes redes sociales de Miguel. Debía buscar una foto reciente, ya que en las de años atrás tenía buen aspecto y parecía feliz.

Encontró la foto perfecta para aquel momento. La descargó y la utilizó como imagen de uno de los diseños.

—Ahora sí que estoy más que preparado.

Carlos se aclaró la voz, abrió una nueva página de notas y empezó a desarrollar en voz alta el mensaje que Miguel pronunciaría al día siguiente, un mensaje que Miguel creería como suyo y que le haría alegrarse de la decisión que había tomado gracias a Carlos, quien se consideraba el alma de aquella idea que no acabaría como él había imaginado.

7

¿Miedo o nervios? ¿Miedo causado por los nervios? ¿Nervios causados por el miedo? Miguel le daba vueltas a los motivos por los que no había pegado ojo en toda la noche o, al menos, gran parte de la noche, porque tenía algunas lagunas en las últimas horas que, posiblemente, se debían a haber dormido puntualmente por agotamiento.

"No puedo hacerlo". "No hay otra opción".

"¿Qué pensará la gente?".

"Mis hijos se avergonzarán de mí".

"¿Dónde vivirán mis hijos?".

Cada momento de la noche se llenaba de un pensamiento diferente. Le hubiera gustado expresarlo con palabras, gritarlo, compartirlo. María ya tenía demasiadas preocupaciones para despertarla. Además, ella estaba agotada y necesitaba dormir, aunque su sueño era inquieto. Seguro que estaba igual de nerviosa que él o, incluso, más, pero caía rendida cada noche. Sus jornadas de trabajo eran agotadoras y la anemia que padecía desde adolescente, junto con los cambios hormonales que estaba sufriendo su cuerpo, hacían que no pudiera mantener los ojos abiertos a ciertas horas de la noche.

"¿Y si vivimos con mi suegra?". El apartamento era muy pequeño y la deuda seguiría ahí muchos años. "No, yo criaré a mis hijos en nuestra propia vivienda", se dijo con firmeza. Ese pensamiento surgió junto a las primeras luces del alba y era el que debía mantener hasta llegar a su destino ese día.

Por la mañana, mantuvieron la rutina de siempre, solo que ellos no eran los mismos. Miguel y María se despidieron con un abrazo y un beso más intenso del habitual. Apenas cruzaron palabras entre ellos. Miguel no sabía qué decir. María, con lágrimas en los ojos, sentía que se derrumbaría si hablaba.

—Ten cuidado, por favor —solo fue capaz de pronunciar mientras apretaba la mano de Miguel antes de salir rápidamente de su piso.

Miguel intentó hablar. No fue capaz. Salió a la terraza y contempló a su esposa caminando calle abajo entre todos aquellos edificios de nueva construcción, modernos, con sus piscinas, pistas de pádel, zonas de juegos infantiles y áreas ajardinadas perfectamente cuidadas. “Ninguno de los propietarios de estas viviendas jamás sería desahuciado. Yo tampoco. Ni mi familia”. Se llenó de una energía que le ayudó a estar con más calma para despertar a sus hijos, servirles el desayuno y llevarlos a casa de su suegra, quien no se percató de ningún cambio en su yerno.

Una vez salió del edificio donde sus hijos pasarían con su abuela más horas de las habituales, se subió al coche y arrancó. Cuando llevaba cinco minutos conduciendo se dio cuenta de que se había equivocado de itinerario. No debía ir al trabajo, sino a su vivienda. Y también se había equivocado al ir a una velocidad alta para no llegar tarde, ya que aún tenía tiempo hasta la hora establecida por Carlos. Llevaba años corriendo, viviendo a un ritmo demasiado acelerado, como la sociedad en la que vivía.

Aparcó en su plaza y subió a su apartamento. Había cartas en su buzón que no quiso recoger. Bebió agua y se lavó la cara para quitarse el sudor. Se preveía otro día caluroso y ya se había hecho notar. Miguel apenas había desayunado. A pesar de no tener hambre se obligó a comer fruta. Imaginaba que le esperaban unas horas largas, aunque realmente no sabía cuántas. Fue a su habitación y extendió sobre la cama la ropa con la que debía llegar al edificio. “*Y llega allí a pie*”, le había escrito Carlos antes de eliminar el mensaje, como todos los que había borrado en sus conversaciones.

Miguel abrió la ventana de su habitación. Necesitaba respirar. El calor que entró se lo impidió. Sacó la cabeza por la ventana buscando una brisa fresca que no encontró. Aun así, permaneció contemplando las zonas comunes de su conjunto de viviendas. Miró la piscina, que abriría en casi tres horas, a la que sus hijos no podían ir.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando los abrió, contempló el paisaje lleno de apartamentos que se extendían ante él, en los

que vivían personas con las que se relacionaba ocasionalmente, conocidos, vecinos, pero no amigos. Intercambiaban palabras cuando se encontraban en las escaleras y en las zonas comunes. Charlaban algo más en verano, en la piscina, mientras sus hijos jugaban. Pero no conocía el nombre de la mayoría de ellos ni tenía sus números de teléfono y, menos aún, sabían los problemas que tenía.

Los verdaderos amigos de Miguel no vivían en la ciudad y eran pocos. Llevaba años sin verlos, al igual que a los de su antiguo club de atletismo. Conocía a muchas personas entre vecinos, padres del colegio de sus hijos, clientes de la tienda que perdió y compañeros de trabajo. Con nadie había entablado verdadera amistad. Ninguno conocía su situación. Y en unas horas todos ellos hablarían de él como si fueran íntimos amigos.

Miguel miró la hora en su móvil. Aún faltaba bastante tiempo. De todos modos, se vistió y guardó en una bolsa de plástico la ropa que debía ponerse más tarde.

Abrió la puerta de casa, se giró y dirigió su mirada al salón. Todo estaba desordenado, con los pocos juguetes de los niños por todos lados. Siempre le había molestado el desorden. Lo echaría de menos si todo iba mal. Respiró de nuevo profundamente, salió de su piso y cerró la puerta con llave.

Una vez en la calle, a los dos minutos, se quitó la chaqueta. Sudaba por el calor y los nervios. No quería que el sudor de su camisa blanca llegase a su chaqueta de color azul marino, formando unos surcos que cualquiera podría confundir con nervios. *"Debes mostrarte tranquilo y confiar en mí. Solo hablaré yo"*, le había escrito Carlos en otro de los mensajes eliminados.

Caminaba por la calle buscando las pocas sombras que encontraba por la amplia y larga avenida que le dirigía a su destino.

El sol golpeaba de lleno las aceras de ambos lados y solo había sombras en pequeñas áreas de la calle, unas sombras que no tenía que compartir con nadie, ya que en aquella zona vivían y trabajaban personas de recursos que no necesitaban caminar en días tan calurosos.

Tras algo más de cuarenta minutos de caminata, llegó a su destino. Faltaba mucho tiempo para la hora citada. Comprobó los mensajes y solo tenía uno de María. "*Yo también lo tengo, pero todo irá bien. Seguro*", respondió Miguel mintiendo al escribir que estaba seguro de que funcionaría, aunque sí siendo sincero por el miedo que sentía. María respondió con un emoticono de dedos cruzados y un corazón rojo. Después ambos borraron los mensajes, como Carlos había indicado.

Miguel buscó refugio lejos del sol. En aquella parte de la ciudad todo eran oficinas y no podía permanecer dentro sin justificar el motivo por el que accedía a ellas. Tenía otra opción: ir a un centro comercial que se encontraba dos calles al este del edificio *Phetioca*. Miró de nuevo la hora y decidió acudir allí.

Llevaba años negándose a entrar en centros comerciales, a quienes consideraba tan culpables, como a la venta online, de la ruina de su negocio. Cuando accedió a su interior, la potencia del aire de aquel lugar era tan frío como su contenido: las mismas tiendas de cualquier centro comercial del país, con los mismos productos, el mismo perfil de empleado, la misma música... Todo era igual, menos las personas que acudían allí. Ellas pensaban que eran iguales. Les hacían creer eso, pero la realidad era muy diferente, algo que jamás asumirían, como él no quiso asumirla hasta que esa realidad le golpeó con tanta fuerza que le hizo caer a un pozo tan profundo que le estaba resultando imposible salir.

La única manera de poder dar la vuelta a su situación era subiendo de manera ilegal a lo más alto de un edificio para exponerse ante el mundo, ante la sociedad, ante un sistema en el que llegó a creer porque pensaba que él formaba parte, que él era una parte importante.

Miguel salió a los cinco minutos del centro comercial. El calor lo golpeó con más fuerza. No le importó. Decidió esperar donde él quisiera, no donde le decían que debía estar. Por una vez en su vida decidió por sí mismo. O eso creía él. Estuvo bajo el sol casi una hora, sin beber, creyendo que ese sufrimiento era necesario, que él había elegido sufrir igual que había elegido subir a aquel edificio.

Horas más tarde descubriría que en eso también estaba equivocado.

8

Federico Pérez era el mejor profesor de la facultad de Periodismo. Eso es lo que pensaba Carlos. De él había aprendido el funcionamiento del, como Federico lo llamaba, “otro lado” del periodismo.

Federico tenía cincuenta y ocho años cuando empezó a dar clases en la universidad. Había trabajado en varios medios de comunicación en su más que dilatada experiencia de casi treinta y cinco años. Disfrutaba escribiendo columnas de opinión y participando de tertuliano en programas de radio y televisión. Su lenguaje directo y sin filtros hizo que tuviera una legión de seguidores que le abrieron las puertas a tener su propio programa de radio, en el que se explayaba sobre los temas que consideraba de mayor interés y atacaba a los políticos que no eran de su agrado.

—Algunos políticos tienen mucha influencia y por eso me cancelaron el programa y me despidieron —contó una tarde a Carlos y a otro alumno de la facultad mientras tomaban una copa de vino cerca del campus.

Así relató Federico que, tras amenazar de muerte a un ministro y a una vicepresidenta del gobierno, además de revelar el domicilio de otros políticos, siendo, a raíz de ello, acosados en la puerta de sus viviendas por personas afines a otros partidos, le cesaron de su puesto y ningún medio de comunicación volvió a contratarlo.

—Menos mal que tengo amigos hasta en el infierno —reía al narrar cómo el rector de aquella universidad privada le contrató, un amigo de su época de estudiante con el que también compartía la misma visión del mundo y de la política.

Carlos solía coincidir con Federico Pérez una vez al mes en el mismo bar. Le gustaba escuchar sus historias y, gracias a una de ellas, tenía

la información necesaria para llegar a la última planta del edificio *Phetioca*.

—El cabrón del Ortega.

—¿Ortega? —preguntó Carlos.

—Sí, Cayetano Ortega, el director del banco.

—Sí, sí, ya sé.

—Pues ese cabrón —continuó Federico, quien tenía en la mano la tercera copa de vino de la tarde—, es un putero de cuidado. Encima utiliza gastos de representación para pagarse las prostitutas.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Pues yéndome de putas —Federico rio a carcajadas mientras le dio a Carlos todos los detalles que recordaba.

Carlos había aprendido mucho de él, pero tenía claro que debía ser más discreto para no acabar como un simple profesor y poder estar siempre en la primera línea del periodismo.

Toda aquella información que le dio Federico le fue muy útil cuando, una vez dentro del edificio *Phetioca*, Cayetano Ortega no accedió a recibirlos.

—Calle Aldama, quince.

—¿Qué? —preguntó la joven recepcionista.

—Dile esa dirección —sonrió Carlos.

La joven lo miró a él y a Miguel, quien, a pesar de su arreglada vestimenta, no tenía el aspecto de ser el empresario que debía hablar con una de las personas más importantes de la ciudad. Aun así, transmitió el mensaje a la secretaria de Cayetano y ella a su jefe.

—Pueden subir —dijo la joven tres minutos después y señalando al ascensor principal—. Esperen.

La recepcionista se incorporó y colocó a ambos en su pecho una etiqueta de visita para que el personal de seguridad, apostado delante de los ascensores, les dejara pasar.

—¿Y esa dirección? —susurró Miguel cuando entraron en el ascensor.

—Secreto profesional —sonrió Carlos mientras presionaba el botón donde estaba escrito el número veinte—. ¿De verdad no sabes qué hay en esa dirección? —preguntó a Miguel, quien negó con la cabeza—. Tu mujer te tendrá contento.

Miguel lo miró sin entender ese comentario. Iba a hablar, pero el ascensor llegó a la vigésima planta más rápido de lo esperado. Se abrieron las puertas y, ante ellos, tras un gran mostrador, una mujer de unos treinta años, rubia, guapa y con un vestido verde ajustado, que parecía sacado de una revista de moda, les saludó con una radiante sonrisa.

—Venimos...

—Pueden tomar asiento —interrumpió a Carlos señalando unos sillones de piel marrón junto a una mesa de cristal.

Carlos sintió la mirada de la secretaria sobre sus vestimentas, la mochila negra de piel donde él llevaba el material que necesitaría más adelante y, sobre todo, el aspecto y la bolsa de plástico que portaba Miguel. Carlos odiaba que lo observaran de aquella manera y pudieran compararlo con alguien como Miguel. Quería demostrar quién era realmente, pero debía esperar a que llegara el momento justo, que tardó solo cuatro minutos desde que tomaron asiento.

—¿Y si nos llama? —preguntó Miguel, quien se había mostrado inquieto nada más sentarse.

—Nos hará esperar. Quiere hacernos creer que controla la situación —contestó mientras miraba su móvil—. Deja de mover tanto las piernas y sonríe un poco.

Carlos se giró a la secretaria y sonrió. Miguel lo intentó.

—Pregunta dónde está el baño.

—¿Qué?

—Que preguntes por el baño —Carlos alzó la voz más de lo que debía. Por suerte para él, la secretaria estaba atendiendo una llamada en aquel momento.

—Al fondo a la derecha —dijo ella mientras ponía una mano en la base del auricular del teléfono.

Miguel se giró para mirar a Carlos. El acceso al baño estaba en dirección contraria a la azotea. La expresión de Miguel era la de un niño pequeño perdido en un centro comercial.

—No se puede fumar aquí. Perdona, ahora te llamo —la secretaria colgó y se levantó—. No encienda ese cigarrillo.

—Perdón, pensé que se podía fumar —Carlos cerró el encendedor y se quitó el cigarrillo de su boca.

—Está prohibido en todo el edificio.

—Perdone, salgo a fumar, entonces.

Carlos vio que Miguel caminaba en dirección al acceso a la azotea.

—El señor Ortega le atenderá en breve.

—Seguro que me esperará —dijo Carlos encaminándose a las escaleras mientras la secretaria, cariacontecida, regresó a su mesa y telefoneó a la seguridad del edificio.

Carlos llegó donde se encontraba Miguel. Estaba muy acelerado. Sabía que debían moverse rápido. No era el momento de los reproches que quería lanzarle.

—Sígueme —se limitó a decir Carlos.

Caminaron veinticinco metros por un pasillo de paredes grises y techo bajo.

—¡Eh, tú! ¡Espera!

Los gritos de Carlos hicieron que el limpiador, que estaba introduciendo el carro de limpieza por el ascensor de personal, se parara. Era un hombre joven, con barba de pocos días. A Carlos le parecía que tenía una pequeña discapacidad.

—Perdona, ¿tú también limpias la azotea?

—El día que toca.

—Entonces, ¿tienes la llave?

—¿Para qué? —preguntó el joven limpiador.

—Pues para abrir la puerta de la azotea.

—Siempre está abierta.

Carlos y Miguel se miraron incrédulos.

—¿Cómo que siempre está abierta?

—Para fumar. ¿Queréis fumar?

Carlos no respondió. Ni siquiera miró a Miguel. Tiró de su brazo y lo arrastró por las escaleras.

—Espero que ese idiota tenga razón —dijo Carlos en voz alta.

Miguel seguía en silencio. Parecía no escucharlo.

Llegaron al último peldaño. Había menos luz. Ambos se pararon, cogieron aire y empujaron la puerta al unísono. La luz los deslumbró y un aire cálido golpeó sus rostros.

—Vamos, rápido —apremió Carlos.

Carlos sonreía.

Miguel se sentía desubicado, perdido. Se limitó a obedecer, se desvistió y sacó de la bolsa de plástico la ropa que Carlos le había indicado que usara.

—Cámbiate ya de ropa —apremió Carlos—. Empieza el espectáculo.

9

Miraba continuamente el reloj de pared. El tiempo se le hacía eterno. Tenía la tentación de mirar el móvil. No debía hacerlo. Eso le habían especificado. Lo que no le habían comunicado era la hora exacta en la que todo empezaría.

—Carlos me ha dicho que alguien te lo dirá —le dijo Miguel aquella mañana.

María dudaba de Carlos, del plan y hasta de Miguel. Tenía la sensación de que aquello no funcionaría. Y el dolor que sintió en el pecho le indicaba que algo malo ocurriría.

Las trece cuarenta y cuatro. Un minuto después de la última vez que miró el reloj. Terminó de secar el suelo del almacén de ropa con la mopa y colocó sus manos sobre la zona lumbar, intentando aliviar su dolor. Se enderezó para corregir la mala postura que tenía por su trabajo, colocó la mopa en el carro de limpieza y lo empujó hasta el almacén donde debía dejarlo.

Aún le faltaban quince minutos para acabar el turno de su segundo trabajo, el primero lo había finalizado a las nueve de la mañana, limpiando las plantas primera y segunda donde se ubicaban las oficinas de una empresa de seguros, a solo tres manzanas de su segundo trabajo, dos trabajos con los que apenas ganaba mil euros al mes. María se sentía incapaz de continuar por todo el nerviosismo que se acumulaba en su estómago.

No le dio tiempo de abrir la puerta del almacén cuando recibió una notificación. Mientras la abría recibió docenas de mensajes, incluso de conocidos que llevaban años sin contactar con ella.

“¿Estáis bien?”

“No lo sabía”

“¿Por qué no nos lo has contado?”

“¿Tu marido se ha vuelto loco?”

Dejó de leerlos. No paraban de llegar más y más mensajes. Cerró los ojos, respiró profundamente y abrió el enlace del vídeo en el que Miguel, empapado de sudor, mostraba su realidad al mundo.

10

—Me llamo Miguel Barrios Serrano, tengo treinta y cinco años y estoy aquí para... para...

—¡Corta! Vamos, Miguel, no tenemos tiempo. ¿No recuerdas lo que escribí?

—Los nervios me pueden, Carlos. Lo siento.

—Miguel, están a punto de llegar. Vamos, lo vas a hacer bien.

Tras llegar a la azotea, cambiarse ambos de ropa (Miguel, que había metido la vieja en la bolsa, y Carlos, una formal de periodista, como él consideraba que era una camisa y pantalón de lino de tonalidad azul claro, pero no tan arreglada como la que llevaba antes) y elegir dónde se ubicaría (un pequeño saliente de cemento situado en una esquina, de dos metros de largo, uno de ancho y un muro de tres metros de altura detrás, para que Miguel tuviera una buena visión de todos los lados por si alguien se aproximaba a él), debían lanzar el mensaje.

Y tenía que ser directo, para que el impacto fuera el mayor posible, como había dicho Carlos.

El calor golpeaba con fuerza. Eran ya pasadas las doce y media de la mañana.

—Necesito agua —rogó Miguel.

—Afectará a tu imagen. Ya beberás. Empieza.

Miguel cerró los ojos. Se concentró. Pensó en su negocio perdido, en sus años de trabajo mal remunerados, en el trato recibido por el banco y su personal, en el agotamiento de María, que trabajaba tantas horas por un salario tan bajo, en sus hijos...

—Me llamo Miguel Barrios Serrano, tengo treinta y cinco años y —tragó saliva, buscó aire—... y quiero que se sepa lo que nos está pasando. Nos van a desahuciar.

La voz de Miguel no temblaba. Por fin había dejado atrás el miedo de hablar sin tapujos de sus problemas.

—Perdí mi negocio. Mi esposa y yo malvivimos con trabajos mal remunerados que no nos permiten criar en condiciones a nuestro hijo Manuel, de siete años, y a nuestra Lucía de cuatro. El banco no nos da facilidades para poder saldar la hipoteca que tenemos, que es doble por haber rehipotecado nuestra vivienda para poder hacer frente a los gastos que supone abrir un negocio en este país, una tienda que acabó cerrando por culpa de un modelo de negocio que excluye a las pequeñas empresas.

Cogió aire antes de continuar.

—Tenemos dos salarios que no son suficientes porque nos pagan mal y no podemos saldar la deuda pendiente. La Administración nos ignora. El sistema nos aparta. Tengo un seguro de vida vinculado a mi hipoteca. Solo yo estoy incluido. Si muero, la deuda, que no es una hipoteca, sino una deuda, será saldada, así mis hijos no tendrán que vivir en la calle.

Cerró los ojos unos segundos. Los abrió. Su voz sonó más firme que antes.

—Por ello, desde lo alto del edificio *Phetioca*, la sede del banco más importante del país, he decidido suicidarme.

SEGUNDA PARTE

"Si quieres decirle a la gente la verdad, sé divertido o te matarán".

El gran carnaval (Ace in the hole)

Billy Wilder, 1951

1

Esperaron en silencio hasta quedarse de nuevo a solas para continuar hablando. No hizo falta mirar al camarero. Cuando no oyeron las pisadas que hacían crujir el suelo de madera, sabían que ya había abandonado el reservado.

Inés Ayala había pedido de segundo plato una merluza acompañada de ensalada. Juan Luis Marqués un entrecot de ternera con patatas fritas. A ambos les gustaban platos más elaborados en restaurantes con estrellas Michelin, pero la campaña electoral comenzaba en algo más de treinta horas y debían mostrarse ante los ciudadanos como personas que comían en lugares donde podía ir cualquiera, como *El Ventanal*, el restaurante en el que se encontraban.

Además, la presidenta de la región y el alcalde de la principal ciudad de esa región debían dar imagen de buena sintonía y amistad, como hicieron al hacerse fotos antes de entrar en el restaurante, aunque no se soportaran.

—¿Cómo van las encuestas? —preguntó Juan Luis mientras se servía su tercera copa de vino.

—¿No las has visto? ¿De verdad? —Inés no ocultó en su voz el desprecio que sentía hacia el alcalde.

—La última la vi la semana pasada. Sé que íbamos bien, pero como el gilipollas otra vez la cagó en el Congreso, imagino que algo hemos perdido.

—Sí, hemos perdido algo, aunque seguimos con buenos datos —Inés dio un trago a su cerveza y continuó, pensativa, comiendo la merluza.

—¿Vas a acompañarle en los mítines? —preguntó Juan Luis mientras miraba el móvil, que acababa de vibrar.

—Solo en algunos. Ya sabes que los medios que no controlamos están difundiendo que el gilipollas en un pelele mío y lo están

usando en su contra.

—Y es verdad.

Inés soltó una carcajada ignorando los tres mensajes que recibió en su teléfono.

—¿Te jode que sea verdad?

—Sí. Lo sabes perfectamente —respondió el alcalde devolviéndole la sonrisa maliciosa—. Pero ahora mismo no estamos para seguir con la lucha de egos. Queremos lo mismo. Controlamos la región y la ciudad. Recibimos mucha presión de los empresarios. Tenemos que volver a gobernar el país. Y él no será capaz de lograrlo solo.

Inés asintió dando un nuevo trago a su cerveza.

—Mis asesores ya lo tienen todo preparado: discursos, trajes, colores de corbata...ahora mismo lo tienen ensayando.

—No esperaba menos —sonrió Juan Luis.

—Te pasaré toda la información antes. No te preocupes.

—No me preocupo.

—¿Entonces?

—¿El gilipollas lo hará? Desde que le pusimos ahí quiso imponer su estilo.

Inés empezó a reír y tardó casi un minuto en controlar la risa.

—¿Me he perdido algo?

—No, nada —Inés se limpió la boca con una servilleta—. Bueno, te has perdido lo de siempre. Parece que no me conoces. Claro que lo hará. No le queda otra si quiere seguir viviendo de la política.

—¿Qué has encontrado de él?

Inés lo miró divertida. Pretendía que su mirada fuera inocente, pero solo conseguía transmitir maldad.

—Yo nada.

—¿Y Andrés?

—Varias cosas. En este partido todos tienen algo que ocultar.

—Yo no —se apresuró a decir el alcalde sintiendo calor en su cabeza a pesar de la potencia del aire acondicionado del reservado.

—¿Qué quieres? Quedamos en que nadie nos molestaría —Inés había respondido a una llamada de Andrés, su principal asesor, la única persona que podía llamarle a cualquier hora del día, en quien confiaba la redacción de sus discursos, un periodista que se había

convertido en su mano derecha desde que se candidató para presidenta de la región y a quien ella otorgó libertad para actuar como jefe de su gabinete—. ¿Qué video? ... Juan Luis, sí...mira el móvil —le dijo al alcalde.

Juan Luis miró su móvil, que había silenciado al no parar de vibrarle por las numerosas notificaciones que estaba recibiendo.

—Tengo cuarenta notificaciones.

—Espera, que lo pongo en manos libres.

—*Juan Luis.*

—Dime, Andrés.

—*Abre solo mi mensaje. Supongo que Susana te lo habrá enviado también, pero con lo histérica que es seguro que vendrá acompañado de un sinfín de audios.*

—Lo estoy abriendo.

Juan Luis giró el móvil para que Inés pudiera verlo. Ambos movieron sus platos, para no mancharse la ropa, cuando sus cuerpos se inclinaron sobre la mesa.

—Bueno, es el vídeo de un loco que dice que se va a suicidar. No será el primero ni el último que lo hará —dijo Inés con indiferencia.

—*Acabo de enviar un enlace de la red social en la que se transmite esta, digamos, situación* —el tono de Andrés se estaba tornando grave.

—Ya lo he recibido —dijo Juan Luis.

—¡Hijo de puta! —dijeron al unísono Inés y Juan Luis.

—¿Y ese qué coño hace ahí? —Inés se levantó enfadada.

—*¿Qué crees?*

—Así va a empezar su campaña electoral el bastardo —Juan Luis no dejaba de mirar el vídeo mientras negaba con la cabeza.

—*Inés, acabo de enviar al restaurante a Vicky con otro vestido. El que llevas es demasiado formal.*

—Pero él va con traje —señaló Inés la pantalla como si Andrés pudiera verla.

—*Da igual. La gente tiene que verte como una igual. Hoy no te diriges a tus votantes, esos los tienes asegurados. Hoy vas a por los votantes que aún dudan, a la gente de a pie, al populacho. Y tú,*

Juan Luis —Andrés habló antes de que lo hiciera el alcalde —, estate siempre ahí, pero no hagas nada sin tener nuestra aprobación.

—Okey —Juan Luis contestó controlando la rabia que sentía. Sabía que no podía enfrentarse a ellos si quería seguir siendo alcalde y vivir el resto de su vida con los lujos que tenía.

—*Nos vemos en media hora.*

Andrés cortó la llamada. Inés y Juan Luis se quedaron pensativos y en silencio durante varios minutos hasta que una mujer de treinta años, alta, rubia y muy maquillada irrumpió en el reservado portando en sus manos un sencillo vestido amarillo dentro de una funda de tela.

—Señora presidenta.

—Gracias, Vicky. ¿Has traído un cepillo de dientes?

—Sí, señora.

—Juan Luis, sal, por favor.

El alcalde se levantó, se puso su chaqueta azul oscura, a juego con su pantalón y corbata, se ajustó sus gafas redondas y se aplastó su pelo castaño, peinado con una raya en su lado derecho.

—Te espero fuera.

Juan Luis salió del reservado mientras Inés, ignorándolo, se retocaba su melena negra.

Una vez vio que Juan Luis había salido, Inés cogió su móvil.

—Andrés.

—*¿Algún problema?*

—No, estoy preparándome con Vicky.

—*¿Qué pasa?*

—El gilipollas. No quiero verlo allí. Hoy es mi gran día. Yo ganaré las elecciones por él.

2

La subinspectora Inmaculada García había tomado decisiones a lo largo de su vida personal y su carrera profesional de las que se había arrepentido tanto que deseaba la existencia de una máquina del tiempo para regresar al pasado y empezar de nuevo.

La única decisión tomada en los últimos diez años de la que no se arrepintió fue opositar para el cuerpo de Policía Nacional. Obtuvo la cuarta mejor nota del país y la tercera de la academia. Eligió quedarse en la principal ciudad de una región lejana de su tierra de nacimiento y de su familia por amor, un amor que fue traicionado. No regresó a su ciudad por orgullo y por tener asignado un puesto que le gustaba, que le hacía sentirse útil en la sociedad.

El resto de las decisiones sí que las veía como errores. La penúltima fue tomada dos años atrás, cuando decidió ser madre soltera. Siempre había querido ser madre y lo logró tras gastar parte de sus ahorros y someterse a un tratamiento que, junto al embarazo, la había transformado física y mentalmente. A sus treinta y ocho años empezó a teñirse el pelo para ocultar sus canas. Y empezó a hacer dieta. Pensaba que, si regresaba al trabajo con unos kilos de más, sería la comidilla de la Jefatura de Policía y podrían desasignarle las tareas que sí le llenaban en lo laboral. Se sentía muy presionada social y laboralmente porque quería dar la imagen de "súper mujer", aquello que siempre le habían exigido.

Y la última mala decisión la tomó una calurosa mañana de julio, recién cumplidos los treinta y nueve años, cuando se había reincorporado recientemente al trabajo. Había solicitado una excedencia para cuidar a su pequeña Julia, pero le resultaba todo agotador, no solo por las noches sin dormir, también por no tener tiempo para sí misma. Su hija no quería comer en la guardería, así que solo permanecía en ella tres horas y media, algunas veces

llegaba a las cuatro horas, tiempo que Inmaculada aprovechaba para hacer algo de deporte y poco más durante esa excedencia.

—Mamá, ¿podrías venir unas semanas aquí?

La madre de Inmaculada aceptó encantada. También necesitaba un cambio, siempre atada a una ciudad y un marido que no quería ni salir de su entorno ni cambiar sus hábitos de épocas pasadas, ni siquiera era capaz de recoger el plato de su mesa cuando acababa de comer.

Inmaculada y su madre siempre discutían cuando estaban juntas, pero debían llevarse bien. Se necesitaban y necesitaban que Julia estuviera tranquila, Inmaculada para que su hija no llorara ni se alterara, Encarnación para disfrutar de su única nieta y del amor que sentía tanto por ella como por su hija.

Las consecuencias de esa última mala decisión de Inmaculada fueron que era la única persona disponible ese día para atender una llamada por un posible intento autolesivo.

—¿Has visto ya el vídeo? —le preguntó un compañero.

—No —respondió Inmaculada levantándose de su silla y acercándose a su compañero para coger el móvil que él le extendía—. Esto no durará mucho —dijo tras ver el vídeo completo.

—¿Por qué lo dices?

—Quien quiere suicidarse lo hace, no lo publicita.

Inmaculada se despidió y salió de la jefatura en el coche patrulla que le habían asignado. Por el camino llamó a su madre.

—Me voy a retrasar. He tenido una llamada de emergencia.

—¿El que se quiere suicidar?

—¿Has visto el vídeo?

—Me lo ha mandado la Puri, mi vecina. Pobre hombre. Hay que estar muy mal para querer hacer eso.

—No te preocupes, no lo hará. Regresaré pronto a casa.

En aquel momento deseó que todo se alargara.

No tenía ganas de volver a su casa.

En el trabajo desconectaba de su duro día a día. Amaba a su hija, pero necesitaba estar con adultos, lejos de llantos y quejas.

Nunca pensó que la maternidad podría ser tan dura.

Y nunca se imaginó que desearía regresar a su casa y pasar más tiempo con su hija a pesar de todo y todos a los que se debía enfrentar en las horas más extrañas y complejas de su carrera profesional.

3

Se despertaba todas las mañanas a la misma hora para hacer deporte. Unos días corría, algunos nadaba y otros los dedicaba a hacer ejercicios de fuerza. Siempre solo. Era el único momento del día que tenía de tranquilidad, que estaba aislado del mundo. Y también le ayudaba a pensar, a relajar la mente y a preparar los discursos o cometidos de las largas jornadas de su labor.

Pero esa mañana se despertó sin energía. Ni su cuerpo ni su mente eran capaces de levantarse de la cama con la vitalidad habitual. Pablo lo achacó al calor. Quería engañarse. También podía deberse a las elecciones que se avecinaban para renovar un segundo mandato y cuyos resultados, según las encuestas que su equipo manejaba, estaban en el aire.

Se afeitó, se duchó y eligió un traje azul claro, una camisa blanca y una corbata morada. A sus cincuenta y dos años esos colores le hacían parecer más joven, a pesar de las canas que iban poblando con más frecuencia su cabello cada vez menos negro.

Se tomó un café solo y una tostada con margarina mientras revisaba en su móvil la agenda del día y leía las últimas noticias.

—Buenos días, Pablo.

—Buenos días, Beatriz.

Su esposa le dio un cariñoso beso en los labios. Ya se había vestido y lucía radiante con un vestido veraniego rojo con flores blancas. Tenían la misma edad, pero ella parecía más joven. A pesar de ser la mujer del presidente del país no sentía ninguna presión por ello, sabía cumplir con su cometido y cuidarse de todo lo que se generaba alrededor de ella y de su familia, incluidos los bulos que distintos medios de comunicación y personas generaban a diario.

—¿Nervioso?

—Más bien preocupado.

Se conocían perfectamente. Llevaban treinta años juntos. No se ocultaban nada, ni serían capaces de esconder sus verdaderos estados de ánimo.

—Aún faltan dos semanas. Todo puede cambiar de un día para otro —le animó ella.

—Lo sé, lo sé —dijo Pablo pensativo—. Me tengo que ir.

Se levantó y se despidió de ella con un tierno beso.

—Dime... sí —Pablo contestó a la llamada de su asistente cuando se montó en el coche—...vale, sí, lo imaginaba...voy de camino...no, lo vemos después de la reunión del consejo... sí, hoy no durará mucho. Sería la última reunión del Consejo de ministros antes de las elecciones y no tenía intención de que se alargara. Quería dar una imagen de unidad con sus socios de gobierno y que en las fotos y vídeos que se publicaran la gente viera que seguían trabajando por el país y no por volver a ganar unas elecciones.

Pablo fue el primero en llegar a la reunión, aunque el último en entrar en la sala, como le solía corresponder al presidente. Se concentró en los distintos asuntos que le plantearon y otros que iban surgiendo. No quiso saber de las noticias que estaban creando los medios de comunicación y periodistas contrarios a su partido porque daría una rueda de prensa más tarde y necesitaba preparar su discurso con tranquilidad.

—Solo dime si es algo que pueda ser grave —dijo a su asistente.

—Cualquier noticia puede ser grave en estos momentos —bromeó Sandra, quien ocupaba su puesto de asistente desde hacía cinco años.

La reunión del Consejo de ministros se alargó más de lo deseado por Pablo.

—La campaña tenéis que empezarla fuera de estas paredes —tuvo que cortar con firmeza cuando tres de los ministros de su partido y dos del de sus socios se enfrascaron en una discusión que parecía no tener fin.

—Pablo, estas son cuestiones que debemos debatir ahora —dijo el ministro de Trabajo.

—Si todo va bien, las discutiremos en algo más de dos semanas —zanjó el presidente, dando por finalizada la reunión.

Meses atrás llegó a tener la esperanza de renovar su mandato y con una mayoría de votos que le permitiera formar un gobierno solo con miembros de su partido. Esa esperanza se había ido diluyendo con el paso de las semanas.

El voto del país se había dividido más que nunca en los últimos años y eso había provocado que para ser presidente necesitara rodearse de personas con las que no compartía forma de hacer política ni de resolver los problemas de los ciudadanos. Tuvo que ceder cuando empezó su primer mandato y recibió mucha presión de personas con poder, personas que le habían apoyado durante la anterior campaña electoral, para que no llevara a cabo ciertas políticas que les perjudicaban económicamente.

Para Pablo lo más importante era mantenerse en ese puesto y supo convivir con los bulos y la presión que ejercían esos poderes.

Después de la reunión del Consejo de ministros, siguió con la agenda establecida hasta que, mirando sus redes sociales en busca de mensajes de apoyo para aumentar sus ánimos, se encontró con un vídeo.

—Cancela la rueda de prensa —ordenó a Sandra.

—¿Por qué?

Pablo le enseñó el vídeo a su asistente.

—Ya lo he visto.

—¿Por qué no me lo has enseñado?

—Porque ese hombre solo quiere llamar la atención —respondió Sandra.

—Son votos —Pablo se levantó de la silla y poniéndose la chaqueta

—. Ahí están los votos que necesitamos. Que venga rápido el coche.

Pablo se dirigió a la puerta mientras volvía a mirar el vídeo.

—Busca toda la información sobre ese hombre y quién le está grabando.

Hacía tiempo que Sandra no veía a Pablo con ese brillo en los ojos. Se contagió de la vitalidad que había recobrado el presidente y realizó el cometido que le había encargado.

Cuando vio de nuevo a Pablo a través de la televisión y las redes sociales pensó que el presidente estaba gestionando bien aquella situación.

Se equivocó.

4

La satisfacción y felicidad solo duró unos minutos, el tiempo de publicar en redes sociales el éxito de haber evitado un nuevo desahucio, el décimo desde que fue nombrada presidenta de la *Asociación Paralizar Desahucios* de la ciudad un año atrás.

—¿Lo habéis visto?

Aída mostró en su móvil el vídeo que Carlos Liques estaba compartiendo.

—A este tío lo conozco —dijo Marco, un joven de veinticinco años, ocho menos que Aída—. Estudiamos en el mismo instituto. Un imbécil y te puedo asegurar que no le importa nada personas como él —dijo señalando con el dedo la pantalla cuando apareció Miguel en imagen.

—¿Hace mucho que no lo ves?

—Desde que acabó el instituto.

—Puede que haya cambiado.

—Ese tipo de personas nunca cambia —aseveró Marco.

Aída no contestó. Siempre había confiado en las personas, al menos en ciertas personas. Cuando veía a alguien que se involucraba en resolver los problemas de los demás, creía que lo hacía de corazón. Y ese chico, Carlos Liques, estaba mostrando una realidad que ella conocía muy bien. Una dura realidad. Y con las visualizaciones que estaba logrando, había conseguido más que ella en todos los desahucios que había evitado.

Miró las interacciones de la publicación que ella había realizado con el título "*Sí se pudo una vez más*". Doscientas en diez minutos. Su récord había sido diez mil en un día. Cien mil el máximo total alcanzado. El de Carlos ya iba por el millón.

Leyó los comentarios de la publicación que ella había subido. Los primeros solían ser de agradecimiento y apoyo. Después llegaban los

insultos. Ahí paraba de leer. Sabía que los insultos incluirían comentarios desagradables sobre su aspecto físico. La tacharían de sucia por llevar rastas en su pelo rubio, por vestir con un estilo *hippie*, con su vestido de tirantes morado y sus sandalias. Le molestaba mucho ese tipo de comentarios, aunque en público dijera que no. Jamás entendería por qué se llega a juzgar a una persona, incluso despreciarla, por un determinado físico o forma de vestir.

En cambio, a Carlos Liques nadie le criticaba por su aspecto. Vestía según estaba bien visto por una parte de la sociedad, como quería que el sistema lo hiciera. No encontró nada negativo en los comentarios de su publicación, algo extraño, demasiado extraño.

—¡Será cabrón! —gritó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marco.

—Ha creado cuentas ficticias para conseguir más interacciones y los comentarios sigan el mismo patrón.

—Es una práctica bastante habitual. Y no cuesta mucho dinero hacerlo. Incluso si uno es hábil en informática lo puede hacer por sí mismo.

—Voy para allá. Algo no me huele bien. ¿Os encargáis vosotros de recogerlo todo?

Sus compañeros de la asociación asintieron. Aída cogió su bicicleta urbana morada que estaba encadenada a una farola, se montó en ella y, a pesar del calor, pedaleó con energía en dirección al edificio *Phetioca*.

Estaba acostumbrada a moverse en bicicleta. Tenía una gran forma física. Algunos días llegaba a pedalear hasta treinta kilómetros, sobre todo cuando tenía reuniones de la asociación después de su trabajo como educadora social en un centro donde se acogían a los menores extranjeros no acompañados.

Pero ese día estaba bastante agotada: el calor y haberse despertado a las cuatro de la mañana para terminar de organizar la paralización del desahucio lo empezaba a notar su cuerpo. Aun así, no disminuyó su ritmo hasta llegar al edificio al que había acudido en varias ocasiones para acompañar a las personas que podían perder sus hogares.

Un edificio tan frío como las personas que trabajaban allí. Un lugar que odiaba, que le gustaría que desapareciera, pero al que seguro que seguiría acudiendo por la obligación que imponía un sistema que Aída consideraba injusto y desigual...a pesar de ver allí a una persona con la que prefería encontrarse lo menos posible.

A su llegada, Aída no pudo acercarse al edificio. La policía ya había acordonado la zona. Encadenó la bici a una señal de tráfico. Observó a las personas que se acercaban atraídas por el morbo de una posible tragedia. No se sorprendió de los comentarios tan ajenos a la realidad en la que vivían tantos ciudadanos.

—Como no quiere pagar, está llamando la atención para que le quiten la deuda.

—Si se tirara le haría un gran favor a su familia.

—Y pensábamos que el verano iba a ser muy aburrido.

Aída se giró y miró al adolescente que había hecho ese último comentario. Ella siempre había sabido qué responder, se le daba muy bien debatir. Además, estaba acostumbrada a dar respuestas razonadas —tanto en redes sociales como hablando cara a cara— a los numerosos comentarios ofensivos que recibía por las ideas que defendía.

Pero, a pesar de estar acostumbrada a trabajar con adolescentes, no se le ocurrió cómo hacerles comprender que no estaba viendo una película o serie, que aquello era real y que, sin saber aún si aquel hombre llevaría a cabo el suicidio, había una persona con problemas reales como las de cientos de miles en el país y millones en el mundo.

La zona se estaba llenando cada vez de más personas. Un dron volaba sobre ellos y ascendió hasta lo alto del edificio, donde podía distinguirse la silueta de aquel hombre, Miguel. Las personas intentaban obtener una buena foto de él, pero no se distinguía sus facciones a pesar de los potentes zums de sus móviles, ya que estaba a demasiada altura.

Aída estaba pensando en el mensaje que quería lanzar en redes sociales cuando vio que la atención de la gente se dirigió a un coche oscuro que llegaba a la entrada del edificio.

—Es el presidente —gritó emocionada una mujer.

—El muy hijo de puta —comentó un joven.

La calle se llenó del mismo número de insultos que de aplausos. La policía tuvo que intervenir cuando dos hombres empezaron a pelearse. Los malos modos que tenían los políticos en sede parlamentaria y en redes sociales había llegado a la calle desde hacía un tiempo.

El presidente apenas saludó. Entró directamente en el edificio. Aída se sorprendió que él mismo acudiera a una situación como aquella, pero con las elecciones tan próximas querría empezar a tener protagonismo, al igual que las dos personas que llegaron algo más de media hora después. Aída se apartó para realizar una llamada, ya que el ruido que formaban aquellos espectadores hacía imposible oír cualquier conversación telefónica.

—Iñaki, ¿por qué no has venido tú también? ... ¿Cómo que no te van a dejar? ¡Si eres ministro! ... ¿Sabes las consecuencias de que ellos consigan más votos? ... ¡Pues consigue que yo entre! ... Nos interesa a ambos, así que hazlo... Claro que yo podría conseguirlo de otra manera, pero no quiero pedirle favores... Ya sabes por qué... No lo intentes, lógralo.

Aída colgó. Se había acostumbrado a ser agresiva en ciertos momentos y con algunas personas. No le gustaba, aunque era necesario en ocasiones. Y aquella lo era, por el bien de Miguel y de tantas personas en su misma situación.

5

Volvió a sonar el teléfono. Miró su reloj inteligente y colgó. A pesar de que la llamada sí era importante, no podía contestarla en ese momento. No pasaron ni diez segundos cuando recibió otra llamada. No quería, pero debía responder a esa persona.

—Sí, sé perfectamente quién debe y quién no debe estar aquí —bajó el tono de voz y se alejó unos pasos para no ser oída—. Señor, lo ha decidido él... Él es el sujeto que amenaza con suicidarse... Del resto de personas que están aquí debería hablarlo con el ministro de Interior. ¿Quiere su teléfono? De las veces que me ha llamado me lo sé de memoria... Si no quiere sarcasmo, déjeme hacer mi trabajo y haga usted el suyo, que es que yo pueda hacer el mío para que ese hombre salga de aquí con vida... Ya sé que si tuviera intención de suicidarse lo habría hecho, pero ¿ha visto lo que se ha generado alrededor de todo esto? ¿Sabe qué podría hacer una persona bajo esta presión?

Colgó. Hacía tiempo que había perdido el respeto por algunos de sus jefes y compañeros. El mismo tiempo que se lo perdieron a ella por decidir ser madre soltera y haber hecho pública su orientación sexual. Sabía controlarse para no llegar al insulto y no incurrir en falta grave. Y también sabía que jamás dejaría que la volvieran a pisotear. A pesar de lo difícil que le resultaba ser madre, tenía claro que debía ser un ejemplo para su hija desde el día que nació.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Lo hizo a espaldas de todos. Se giró cuando regresó a su rostro la expresión de tranquilidad. Debía transmitir que controlaba la situación. Cogió una botella de agua de plástico de medio litro y la bebió de un solo trago. Se acercó a Francisco, el agente de policía que había hablado con Miguel.

—¿Ves algún avance?

—Ninguno, subinspectora. De todos modos, no tiene intención de tirarse.

—Es lo que decimos todos, pero no por ello debemos creer que vaya a ser así.

Inmaculada miró alrededor y señaló con la cabeza a los políticos que estaban cinco metros a su derecha.

—Quieren su momento de protagonismo.

—Ya —se limitó a decir Francisco—. Yo los mandaré a la mierda. ¿Y los del banco?

—El director subirá. Lo hará porque han venido esos.

—¿Y qué hacemos con el espectáculo que se ha montado ahí abajo?

—¡Deja de grabarnos! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

Inmaculada se dirigió hacia Carlos. Este ni se inmutó.

—¡Déjelo tranquilo! —gritó Miguel.

—Dígame, agente, ¿cómo se siente por ser parte del sistema que va a provocar la muerte de un pobre hombre?

No respondió a Carlos, aunque deseaba hacerlo. No podía caer en su trampa.

Lo que sí hizo, sin pensarlo ni un segundo, fue caminar hacia Miguel, quien la miró sorprendido cuando la vio acercarse tan decidida.

—Tú no te acerques —ordenó Inmaculada a Carlos.

—Aquí no manda usted.

Inmaculada se acercó a Carlos, puso la mano sobre la pistola y señaló con la cabeza al dron. Se había aproximado tanto al periodista que la cámara solo la enfocaba desde la altura del pecho hasta la cabeza, por lo que nadie pudo ver el gesto que hizo sobre la pistola.

—No te acerques a nosotros —ordenó Inmaculada.

Carlos sonrió maliciosamente. Miguel no supo reaccionar ante la actitud de ella. Inmaculada se encaró con Carlos porque no podía soportar que una persona como él controlara la situación.

—Miguel, soy Inmaculada García, subinspectora de policía —ante el silencio de Miguel continuó hablando—. No voy a utilizar mierdas de psicología ni nada por el estilo.

—Para usar esas mierdas habría que ser psicóloga.

—Lo soy.

—¿Y qué haces en la policía?

—A veces me pregunto eso. También me pregunto qué hago aquí en lugar de estar con mi hija. Y tú también deberías preguntártelo.

—Ya estás usando esas mierdas.

—No, simplemente quiero que pienses por ti mismo.

—Lo hago.

—Creo que no —señaló con la cabeza a Carlos.

—Me está ayudando.

—Se está ayudando a sí mismo.

—¿Hubieras disparado al dron?

—Nunca voy de farol. Siempre cumplo mi palabra.

—¿Has dado tu palabra de que me sacaría de aquí?

—No.

Inmaculada no se inmutó ante la expresión de desconcierto de Miguel.

—¿Y ellos? —Miguel señaló a los políticos.

—¿De verdad crees que cumplirán sus promesas?

Sin pretenderlo ambos sonrieron. Por un momento sintieron que estaban solos, sin ser observados por cientos de miles de personas a través de la cámara de Carlos y el dron que los sobrevolaba.

—El director del banco subirá.

—No servirá de nada. No firmará lo que necesito.

—¿Y qué necesitas, Miguel?

—Eso no hace falta hablarlo con usted, no puede hacer nada. Mejor váyase.

—Deberías beber algo.

—Váyase. No quiero más mierdas de esas.

Inmaculada obedeció. Había dado el primer paso. Se alejó dándole la espalda e ignorando las preguntas de Carlos, que se acercó a Miguel para que contara a la cámara qué había hablado con la subinspectora.

—Nada importante —dijo secamente Miguel.

—¿Ha intentado convencerte de que te vayas?

—Es su trabajo.

Carlos puso una mano sobre el micrófono de su cámara.

—Debes decir algo más. Eres demasiado parco —dijo Carlos bajando la voz.

—¿Y el micro que llevo?

—Lo tenía desconectado por error. Ahora lo conecto. Di algo.

Carlos apartó la mano del micrófono de la cámara e hizo un gesto con la cabeza a Miguel para que hablara.

—La subinspectora estaba haciendo su trabajo, pero sin presionarme. Creo que me entiende, no como esos políticos que están ahí solo para hacerse la foto y los dueños del banco que ni se dignan a hablar conmigo. Esa escoria hará que me tire. ¡Son unos bastardos!

Inmaculada sintió un gran desconsuelo al escuchar aquellas palabras. No por lo que decía, sino por quien había sacado esa rabia de él, un sistema injusto y un joven que pretendía ganar protagonismo como periodista a costa del dolor y el sufrimiento de una persona y de su familia.

6

Colocó sus dedos índice y corazón sobre el oído. Andrés se lo apartó con rudeza. Estaban en la esquina del pasillo de la planta veinte los dos solos, por ello Inés le permitía ese tipo de gestos.

—No lo vuelvas a hacer, Inés. ¿Recuerdas la que nos armaron en las redes sociales aquel día?

La presidenta de la región asintió. Tuvo que soportar durante semanas las continuas preguntas sobre si llevaba pinganillo durante una rueda de prensa sobre un caso de asignaciones de contratos a la empresa de su cuñado. Aquel día le falló la comunicación con Andrés. Ese fue el motivo por el que tartamudeó y se colocó los dedos en el oído al no escuchar con claridad las palabras dictadas por Andrés y que ella debía repetir.

Su equipo tuvo que generar una falsa noticia de corrupción de un miembro del partido de la oposición de la región para desviar la atención de la ciudadanía.

—No lo volveré a hacer, así que relájate, Andrés. ¿Por qué tengo que llevarlo puesto para hablar con...? ¿Cómo se llama?

—Cayetano. Cayetano Ortega.

—Eso, con Cayetano. Es el director del banco, está de nuestro lado.

—Porque va a mentir, como nosotros, pero no queremos que sus mentiras sean diferentes a las nuestras. Y si se niega, te diré cómo podrás convencerle.

Inés le devolvió la sonrisa maliciosa a Andrés, quien terminó de colocar oculto en el vestido de ella el micrófono para oír lo que decían. De cara a todo el mundo, debía parecer que Inés era quien realmente hablaba, que todo era idea suya. Eso jamás había molestado a Andrés. Siempre obtenía alguna recompensa por ese trabajo que hacía en la oscuridad, sobre todo económica.

Inés se dirigió al despacho del director, que estaba custodiado por dos vigilantes de seguridad jóvenes, fuertes y con los brazos tatuados. Junto al ascensor y las escaleras por las que se accedía a la terraza, tres policías estaban apostados charlando entre ellos. Juan Luis cortó la llamada de teléfono cuando vio a Inés. Se acercó a ella con la intención de entrar juntos en el despacho.

—Juan Luis, ven, que tenemos que prepararnos —Andrés puso una mano sobre el hombro del alcalde y lo arrastró en dirección contraria al despacho.

—Yo también voy —dijo el alcalde zafándose de las grandes manos de Andrés—. Tú no eres nadie...

—Quería hablarte de la cena del mes pasado en el *Genovés*, creo que le pasaste la factura al ayuntamiento —susurró Andrés—. Y eso que ibas con una amiguita. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí...

—Lo he pillado. Basta.

Juan Luis dirigió una mirada cargada de odio a Andrés y a Inés. El primero sonreía. Ella estaba tensa. Solo tenía que repetir las palabras de Andrés, pero siempre se tensaba los segundos que transcurrían entre las palabras de su interlocutor y la respuesta de su asesor.

—Buenos días, señora presidenta —dijo el director del banco levantándose.

—Buenos días... Cayetano —pronunció su nombre cuando se lo recordó Andrés—. Por favor, nada de presidenta. Inés, que ya nos conocemos. ¿Cómo están su mujer y sus hijas? —preguntó Inés lentamente mientras escuchaba las palabras de Andrés.

—Sí, señora... Inés. Todos bien, muchas gracias.

—Me alegro. ¿También bien la oveja descarriada?

—Supongo —rio Cayetano.

Inés también rio sin entender a quién se refería. Ambos se sentaron.

—Inés, permítame que vaya directo al grano. ¿por qué no he podido subir para resolver esta situación de una vez?

—Porque queremos darle la misma solución. No todos, sino su banco y mi partido.

—Diferente a la del presidente del gobierno. Supongo que ya sabrá que ahora mismo está ahí arriba.

Cayetano le mostró en la pantalla de su tableta al presidente acercándose a hablar con Miguel.

—No le propondrá lo mismo que nosotros —repitió Inés las palabras de Andrés.

—¿Y qué es lo mismo?

—*El hijo de puta está jugando con nosotros. No repitas esto* —dijo Andrés cuando escuchó a Inés pronunciar las dos primeras palabras.

—El presidente hablará de ley de Vivienda y le ofrecerá un trabajo mejor remunerado o algún crédito especial.

—Es un buen ofrecimiento...

—Siempre que vosotros no perdáis dinero —cortó Inés al director del banco—. Y eso es lo que haréis. Bueno, quería decir que es lo que fingiréis.

Se hizo el silencio en el despacho. Cayetano escudriñó a Inés. Ella se removió incómoda en su asiento esperando que Andrés continuara hablando.

—¿Y cómo lo fingiremos?

—Pues contándole que habéis llegado a un acuerdo con el gobierno de la región en el que quitaréis los intereses y disminuiréis el importe de la hipoteca a personas en situaciones de vulnerabilidad.

—Y que usted, la región, se hará cargo de esos importes, ¿no es así?

—Más o menos

—¿No generará un “efecto llamada”?

—Sí.

—¿Y cuándo lo aprobarán?

Inés sonrió como le estaba diciendo Andrés que lo hiciera. Cayetano, tras unos segundos, cambió su expresión seria por una sonrisa.

—Haré una llamada. No puedo hacer un anuncio público sin autorización de los de arriba.

—No lo harás tú. Yo haré ese anuncio. Y no tienes que llamar. Yo también me encargaré de ello.

Inés se levantó. Cayetano se iba a levantar. Ella le indicó con la mano que no lo hiciera.

—Espera aquí. En breve recibirás una llamada.

El teléfono sonó cuando ella llegó a la puerta del despacho. Se giró y sonrió mientras Cayetano respondía a la llamada. Salió del despacho

y cerró la puerta.

—No te lo quites —le dijo Andrés cuando Inés lo vio y se puso los dedos en el oído.

—¿Por qué?

—Vas a subir cuando acabe el bastardo.

Andrés le enseñó el móvil: el presidente del gobierno seguía hablando con Miguel.

—Se ha quitado la chaqueta y la corbata y se ha remangado —Inés estaba furiosa.

—Ha sabido captar la atención con ese gesto.

—Menos mal que papá ha contactado rápido con el banco.

—Tu padre sabe cómo conseguir las cosas —sonrió Andrés.

Inés lo miró con expresión seria. Ella sabía por qué había logrado llegar a ser presidenta de la región, pero no le gustaba que nadie se lo recordara, ni siquiera Andrés.

—¿Crees que la mierda esa de los intereses y que nos haremos cargo de ello funcionará? —preguntó Inés intentando olvidar el comentario anterior.

—Hay que darles algo que pueda parecer real. Cuando conozcamos exactamente la propuesta del presidente, haremos creer que la propuesta de él es algo imposible. Ya tenemos preparados los mensajes en redes sociales y en las mesas de debate de los programas de televisión.

—¿Y el documento que haremos público?

—Redactado. Jamás se aprobará.

—Porque ganaremos.

—Y la gente se olvidará de todo esto.

—Les haremos olvidarlo.

Inés le devolvió la sonrisa a Andrés.

—¿Preparada?

Inés asintió. Vio en su móvil que el presidente se alejaba de Miguel. Era su turno. Debía mostrarse seria, pero sin parecer mustia. Debía mostrarse firme, aunque sin ser severa. Debía mentir, pero tenía que parecer que era sincera. Debía parecer que hablaba ella, aunque lo hiciera otro.

7

—Pablo, ¿algo que declarar? Señor presidente, ¿cómo tiene pensado salvar la vida de este hombre y de tantas personas como él?

—Con leyes que se cumplan en todas las regiones y ciudades del país.

Pablo Jiménez contestó sin mirar a Carlos, que lo grababa desde muy de cerca. Logró controlarse para no responder con sequedad ni para dibujar una falsa e inapropiada sonrisa.

Por la forma en la que se acercaba a él ese joven periodista supo de inmediato de quiénes había aprendido. Estaba cansado de encontrarse con personas así, pero formaba parte de su cargo. Lo que no haría era volver a caer en sus trampas y las declaraciones las realizaría dónde y cómo él decidiera, no solo ante los periodistas que lo defendían, sino ante toda la prensa que estuviera dispuesta a escuchar. Y en una jornada como aquella, sin apenas noticias de repercusión nacional, se habían concentrado ante el edificio *Phetioca*, periodistas y cámaras de los principales medios de comunicación del país.

Cuando Pablo bajó por las escaleras que lo dirigían a la planta veinte, donde la esperaba Sandra con una botella de agua, se topó con el director del banco y la presidenta de la región.

—Buenas tardes —extendió la mano al director del banco.

—Señor presidente —Cayetano le estrechó la mano y la apartó rápidamente—. Lamento no haber podido atenderle a su llegada.

—No se preocupe. Conozco sus prioridades —dijo dirigiéndose a Inés—. Señora Ayala.

Ella le negó el saludo. Se limitó a mirar la mano de Pablo.

—No hay cámaras. No hace falta que nos saludemos —dijo la presidenta de la región secamente.

—Era solo educación. La que a usted le sigue faltando.

Pablo dirigió su mirada a Andrés, que estaba detrás de ella y los observaba atentamente en silencio.

—¿No dice nada? —preguntó el presidente con una sonrisa—. Póngase bien el pinganillo para que su consueña le dicte bien.

—¿Mi qué?

El presidente soltó una carcajada y caminó al ascensor. Sandra pulsó el botón, se abrieron las puertas y entraron.

—¿Habrá mirado en un buscador qué significa “consueña”? —preguntó Sandra.

—Esa ni se interesa en aprender nada nuevo —rio el presidente.

—¿Sabes ya qué dirás?

—Sí —se limitó a contestar Pablo.

—¿Contarás la conversación que habéis tenido?

—Claro que no. ¿A quién le interesa la verdad?

—¿Quieres secarte el sudor? —preguntó la asistente mientras reía por la pregunta retórica que había hecho Pablo.

—No, mejor así. Que piensen que sudamos y nos remangamos por la gente.

—Pues te esperan en la esquina y solo te harán preguntas, bueno, prestarás atención a las preguntas de Mateo y Carla.

—Bien, con dos suficiente.

El ascensor se paró en la planta baja del edificio. Cuando se abrieron las puertas simuló preocupación por la situación de Miguel, ya que volvía a ser visible para muchos ojos. Pablo se sorprendió del silencio que reinaba. Los trabajadores del banco lo observaban. Él los saludaba con un “buenas tardes”. Le pareció un lugar mucho más frío sin los habituales clientes. Igual de frío que las miradas que recibía. Estaba claro que allí no tenía ningún votante. Aquellos trabajadores habían aprendido bien de sus jefes.

Aquella frialdad y silencio contrastó con lo que se encontró al salir a la calle. No solo por el sofocante calor, sino por la muchedumbre que se había reunido en torno al edificio. Vio llegar a más coches patrullas para establecer un perímetro más amplio. Dos camiones de bomberos estaban bien situados justo debajo de la zona donde se encontraba Miguel. Los bomberos estaban desplegando equipos de seguridad.

—¿Eso evitaría que muriera?

—Ni idea —se limitó a contestar Sandra.

—Es mucha altura.

Pablo recorrió con su mirada todo el edificio.

—¿Quieres que pregunte?

—Da igual —respondió el presidente—. No es importante.

—Es por aquí.

Sandra le tocó levemente el brazo para indicarle que debía dirigirse a la izquierda. Pablo vislumbró más de ocho cámaras y quince periodistas tanto de televisión como de radio. Se concentró para que su expresión fuera de más preocupación y se paró a un metro de distancia de ellos, que se encontraban detrás de un cordón policial.

—Buenas tardes —Pablo habló cuando cesaron las preguntas de los periodistas—. He tenido la oportunidad de hablar con Miguel y comprendo perfectamente qué le ha podido impulsar a tomar esa decisión. Cuando una persona está al límite llega a tomar decisiones desesperadas. Es importante, y estamos trabajando ya en ello con los cuerpos seguridad del Estado, que no dé un paso más en su propósito. Le he prometido, y lo cumpliré, que vamos a cambiar la ley de Vivienda y obligaremos a todas las regiones a que la cumplan. No queremos perder a Miguel, una persona trabajadora, padre de familia. Sus hijos no pueden perderle. Ni su esposa —Pablo usó un tono dramático al nombrar a la familia de Miguel—. No queremos que nadie pierda su vida por perder su hogar. Eso es algo por lo que estamos trabajando desde ya. Y también cambiaremos la ley para que los bancos no puedan echar a nadie de su vivienda por algunos impagos y que no se enriquezcan con los intereses tan altos que pagan los ciudadanos. Llevamos cuatro años gobernando para los ciudadanos y seguiremos haciéndolo para evitar más situaciones como la de Miguel.

Pablo tomó aire. Había usado frases y palabras que no debía. El mensaje no fue el que estaba en su cabeza. Tenía que responder a las preguntas y aprovecharlas para puntualizar frases como que “entendía qué le había llevado a Miguel a tomar esa decisión”. Precisamente esa fue la pregunta que le formuló Mateo.

—Quiero decir que entiendo qué le ha llevado a intentar salvar el techo donde viven sus hijos. Los que somos padres y madres queremos darle lo mejor a nuestros hijos. Y todo empieza por una vivienda, por algo está en nuestra Constitución.

—Señor presidente, ¿Miguel le ha pedido algo en concreto o usted le ha ofrecido alguna otra ayuda? —preguntó Carla.

—Concretamente me ha pedido una solución para él y otras personas en su misma situación. Yo le he ofrecido cambiar la ley para protegerle a él y a toda la ciudadanía. Y lo cumpliré. Gracias.

Pablo se alejaba mientras los periodistas formulaban varias preguntas que él ignoraba, excepto una que hizo que se parara.

—¿Qué efecto llamada? —preguntó Pablo a Sandra.

Ella se quedó en silencio.

—Aquí no —respondió tras unos segundos.

Pablo se marchó sin despedirse de los periodistas. Se dirigieron al interior del edificio y entraron en un despacho que estaba vacío. Ella cerró la puerta, bajó las persianas y sacó su móvil.

—Estos vídeos me han llegado mientras estabas con los periodistas.

—¡Dios! —exclamó Pablo mientras se dejaba caer en una silla—. ¿Cuántos son?

—Por ahora diez, solo en esta ciudad. En otras está aumentando el número... de forma alarmante.

Pablo le pidió que le apartara el móvil de su vista. Miró el suelo de mármol blanco y gris.

—¿Lo habrá visto él? —preguntó señalando el techo.

—Si ese Carlos no se lo ha mostrado, estará a punto.

—Reúne a nuestros ministros. Que se hagan la foto fingiendo que están resolviendo este problema. Y que Isidro no vaya, que se encargue de que la policía vigile a todas esas personas. ¡Que no muera nadie! ¡Nadie puede morir!

—Avisaré ahora mismo al ministro de Interior.

—¡Joder! —Pablo golpeó la mesa con rabia.

—Saldremos de esta.

—Lo haremos. No queda otra que seguir controlando el mensaje.

Sandra salió del despacho y dejó al presidente solo, apretando con fuerza los nudillos. No podía permitirse ninguna muerte si quería

seguir gobernando.

8

Aída miró horrorizada el móvil. Quiso ignorar los comentarios de los usuarios de las redes sociales. Le fue imposible. Se alejó de la multitud que se agolpaba alrededor del cordón policial para respirar, coger aire, un aire cada vez más tórrido que le impedía pensar.

Dejó de mirar las redes sociales y telefoneó al ministro. Iñaki no contestó. Lo llamó una segunda vez. Rechazó la llamada. La rabia empezó a apoderarse de ella.

Sabía que Miguel debía bajar de allí antes de que un mayor número de personas imitaran su acción y alguna llegara más lejos. Le iba a resultar complicado lograrlo, sobre todo porque todo lo que se estaba generando a su alrededor generaba interés, no solo para el pueblo, sino para tantos agentes implicados dentro.

Tuvo la sensación de encontrarse en la época romana, dentro de un circo donde los espectadores estaban sedientos de ver el sufrimiento de las personas, sedientos de sangre, porque quienes sufrían no eran conocidos y se sentían ajenos al sufrimiento dentro de la vida acomodada que llevaban o que creían llevar.

Aída miró de nuevo su móvil y buscó un número en su agenda. Lo miró como si fuera un desconocido. Llevaban mucho tiempo sin hablarse. “¿Ocho o nueve años?”, se preguntó al darse cuenta de la velocidad a la que transcurría el tiempo. Le empezaron a temblar las manos. Cerró los ojos y su mente se llenó de las imágenes de esas personas que, como Miguel, amenazaban con saltar de sus edificios. Abrió los ojos y llamó. No contestó. Volvió a marcar y el resultado fue el mismo.

—“*Conozco tus secretos*”.

Treinta segundos después de escribir el mensaje recibió una llamada.

—*¿Qué quieres?*—se oyó al otro lado de la línea.

—Subir.

—*Imposible.*

—Es posible, así que hazlo.

—*¿O revelarás algo?*

—Exacto.

—*¡Hija de puta!*

—No llames puta a mi madre, ¿vale, papá?

—*¿Ahora me llamas papá?*

—Ha sido sin pensar, Cayetano.

Se hizo el silencio a través de la línea. Aída oía la respiración de su padre.

—*Enviaré a alguien por ti. Ponte en un sitio visible.*

—Vale.

—*¿Ni un gracias?*

—¿Lo necesitas?

Cayetano colgó.

Aída soltó un profundo suspiro. Se había enfrentado a policías, guardias civiles, fascistas de grupos *antiokupas*, políticos...pero enfrentarse a su padre le resultaba más difícil que todos ellos juntos. Avanzó entre la gente hasta poder colocarse frente a la puerta de la salida principal del edificio. El ruido de coches y de las personas le estaba agobiando. Intentó aislarse. Le resultó imposible. Cientos de personas grabando lo que ocurría, comentando las publicaciones en distintos medios de comunicación, insultando, compadeciéndose, riéndose con los memes que la gente creaba... Llegaban furgonetas con comida y bebida para los espectadores. También llegaron vendedores con paraguas de colores para quien quisiera protegerse del sol, gorras, ventiladores que funcionaban a pilas...

—Ven conmigo. Déjenle pasar.

Una mujer trajeada se dirigió primero a Aída y luego a un policía, que obedeció inmediatamente. Aída no se sorprendió de que incluso la policía aceptara órdenes de una trabajadora del banco. Había visto de todo en sus años de lucha. “Un traje tiene más poder que un derecho”. Esa frase se la había repetido en más de una ocasión un veterano sindicalista cuando entró en aquel mundo.

Ambas caminaron en silencio hasta el interior del edificio. La mujer trajeada que la acompañaba pulsó el botón del ascensor y, cuando se abrieron las puertas, le indicó que entrase.

—Ya sabes dónde ir —se limitó a decir fríamente.

Aída pulsó el número veinte y, al cerrarse las puertas, su corazón se encogió con tanta fuerza que casi se ahogó.

“Podré con él, podré con todos”, se dijo más para autoengañarse que para convencerse de que lo lograría.

9

Lo miraba fijamente. Él esperaba que dijera algo. Ella aún no sabía qué decir. Levantó su mano derecha. La dirigía a su oído.

—*¡No lo hagas!* —oyó Inés a través del pinganillo.

—Algo tendré que decir.

—¿El qué? —preguntó Miguel.

—*Improvisa por una vez en tu vida. Nadie te oye.*

Inés se giró a Andrés, que estaba hablando con Carlos. Andrés le indicó con un gesto que se girara de nuevo hacia Miguel.

—¿Qué edad tienen tus hijos?

—¿Has venido para hablar de mis hijos?

Inés alzó la mirada y vio al dron situado sobre ellos.

—Te echarían de menos.

—¿Es lo único de lo que vas a hablar? Vete de aquí, por favor — Miguel no podía ocultar su desesperación ante los comentarios de la presidenta de la región.

—Quiero ayudarte.

—Dime cómo.

—Vámonos de aquí y te lo explicaré.

—¿A dónde? ¿A comer un helado y me lo cuentas todo tranquilamente? ¿Te crees que soy tan gilipollas como tus votantes?

—¿No me votas?

—*Inés, no sigas por ahí. Aguanta unos minutos más* —le dijo Andrés.

—Eso es lo que te interesa. A ti y a todos los políticos. Os da igual si morimos.

Miguel se giró y miró hacia abajo.

—Acérquese y mire, señora Ayala. Venga, acérquese —insistió Miguel ante el inmovilismo de Inés.

—Tengo vértigo.

Miguel rio.

—No le gusta acercarse al peligro. Vive demasiado cómoda para ver la realidad. Lárguese.

—*Sí, vente ya, Inés.*

—Nos vemos luego —dijo Inés ante lo que respondió Miguel con un resoplido y gesto de negación con la cabeza.

Inés caminó con dificultad sobre el suelo de hormigón de la azotea, que a esa hora del día ardía. Pasó por delante de Carlos, quien hizo una pequeña reverencia a la presidenta. Andrés se había adelantado con Cayetano y empezaron a bajar las escaleras antes que ella. La expresión de desconcierto de Inés desapareció cuando los tres entraron en el despacho del director del banco y la puerta se cerró.

—Andrés, ¿me puedes explicar qué coño está pasando?

—Cambio de planes.

Andrés sacó el móvil y le mostró lo que todo el país ya había visto. No le importó que Cayetano viera la influencia que él tenía sobre Inés Ayala. El tiempo apremiaba.

—Alguien tiene que morir. Y mejor que sea ese el primero —Andrés señaló con el dedo índice al techo.

Inés hizo un gesto con la cabeza en dirección a Cayetano. Andrés agitó su mano indicándole que no importaba que él escuchara su conversación.

—¿Por qué? —preguntó Inés.

—Porque vamos a culpar al gobierno central de ello. El bastardo ha mentido en la conversación que ha mantenido con el suicida. Me lo ha dicho el intento de periodista ese. Lo está grabando todo.

—Entonces también me ha grabado a mí.

—No te preocupes por eso, está todo arreglado —dijo Andrés mientras abría un armario situado a la izquierda de la mesa de Cayetano y se servía un vaso de güisqui.

—¿Y el banco? —preguntó Inés mirando a Cayetano.

—Perderemos algo de prestigio, pero nos ayudaréis a recuperarnos bajando ciertas tasas —contestó Cayetano con media sonrisa en su rostro.

—Y al periodista lo contrataremos en nuestra televisión. Ha aumentado su número de seguidores. Puede que nos sea útil. Y no

te preocupes —se adelantó Andrés a la pregunta de Inés—, utilizaremos la IA para difundir la muy interesante conversación que tuvisteis.

Después de esa última frase, Andrés se sirvió otro vaso. El teléfono de Cayetano sonó.

—¿Qué es la IA?

Andrés dio un trago largo antes de explicarle a Inés, con condescendencia, qué significaban aquellas siglas.

—¡Ah! Inteligencia Artificial —exclamó ella.

El teléfono de Cayetano sonó una segunda vez.

—Ahora solo toca esperar.

Inés se sentó. Andrés le acercó un vaso de agua.

—Tengo que hacer una llamada —se excusó el director del banco saliendo de su despacho.

Inés miraba una página web de moda mientras esperaba que Andrés le diera más instrucciones. Este se sirvió un tercer vaso. Permanecieron en silencio hasta que Andrés recibió una llamada.

—Ya están listos.

—¿Quién?

—Nuestra prensa. Vas a hacer una declaración. Yo estaré al lado tuyo —Andrés se tocó la oreja.

Inés se levantó y salió del despacho camino del ascensor. Cuando se abrieron las puertas se topó con una joven cuya cara le era familiar. Inés no la saludó por la mirada de desprecio que recibió. Andrés se situó entre ellas.

—Me suena su cara.

—Es la pijoja esa de frenar o paralizar los desahucios, como sea que se llame su grupo —dijo Andrés cuando entraron en el ascensor.

—Ah, ya.

—Y la hija de Cayetano.

—¡No jodas! —exclamó Inés—. Por eso me dijiste lo de la oveja negra o descarriada, ¿no?

Andrés asintió.

—El tío es un inútil hasta para criar a una hija. A los míos los tengo bien enseñados desde que nacieron —rio Andrés.

Salieron del edificio y se dirigieron hacia donde se ubicaban los periodistas que Andrés había convocado.

—Perdone, señora presidenta.

Inés se giró. No esperaba ver a Aída de nuevo. Estaban a dos metros de los periodistas.

—Le coloco bien el pelo.

En un movimiento rápido, Aída le quitó el pinganillo. Para distraer la atención de Inés gritó a los periodistas de los otros medios para que se acercaran. Aída sonrió a la presidenta de la región. Después se acercó a Andrés y le susurró unas palabras al oído. El rostro de Andrés se enrojeció. Él miró a Inés y se encogió de hombros. Estaba sola.

—Bueno, he hablado con ese hombre y todo bien.

Empezó a hablar con los periodistas sin ser plenamente consciente de que todo el país estaba escuchando unas palabras que decía sin pensar.

—Señora, Ayala, ¿qué quiere decir que todo bien?

—Que nadie ha muerto, ¿no? —fueron las palabras que a la presidenta se le ocurrió decir.

Inés buscó a Andrés con la mirada. No lo veía. Se giró de nuevo a los periodistas. Se desplomó. Al menos lo fingió. Prefirió eso que hacer perder a su partido unas elecciones. Lo mejor que sabía hacer era mentir. Aunque aquella no sería la última mentira de la jornada.

TERCERA PARTE

*"Una buena noticia no vende.
Una mala noticia vende mejor".*
El gran carnaval (Ace in the hole)
Billy Wilder, 1951

1

"Si él salta, todos saltamos"

"Estamos contigo, Miguel"

"Estado asesino"

"Ojalá salte y así desaparece otra escoria del mundo"

"¡Que pague como todos!"

"Y los políticos haciendo campaña a costa del sufrimiento de los ciudadanos"

"¿Estado asesino? Las regiones y los ayuntamientos lo son por no regular los precios de las viviendas"

"¡Muérete, Miguel! ¡Y que se jodan tus hijos! Aunque más que joderse, les harías un favor"

"¡Ayudémosle! Entre todos, podemos"

"Cada uno que se ayude a sí mismo"

"Démosle el empujón"

"¡No más muertes evitables!"

"¡No más vidas inútiles!"

"¡No más muertes sinsentido!"

"¡No más vidas sinsentido!"

Carlos había dejado de leer los comentarios y mensajes de más de doscientos caracteres. Se centraba en los cortos. Sonreía al leer la cantidad de comentarios y mensajes que llegaban. Y su sonrisa se convirtió en carcajada cuando vio cómo aumentó el número de sus seguidores en las diferentes redes sociales.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro —contestó Carlos saliendo de su ensimismamiento—. ¿No ves esta sonrisa? —se señaló su boca—. Y mira abajo.

Miguel guio su mirada a la multitud que se congregaba. Había pancartas y los gritos llegaban hasta donde él se encontraba.

—Son miles, Miguel, miles solo ahí abajo —exageró Carlos, que se acercó a Miguel para que nadie le oyera, sobre todo la subinspectora—. Vamos a lograrlo. Solo debes aguantar un poco más.

—¿Cuánto más?

—Hasta que recaudemos lo suficiente.

Carlos le mostró en la pantalla de su móvil camisetas, tazas, pulseras y alfombrillas con diferentes lemas: “Yo también soy Miguel”, “Todos con Miguel” y “Esta es mi casa, la que pago con mi trabajo, y nadie me quitará”.

—No entiendo —la voz y el rostro de Miguel expresaban desconcierto.

—La gente está comprando estos productos para ayudarte. Y con ese dinero podrás amortizar la deuda que tienes. Bueno, al menos parte de ella.

—Pero no habíamos hablado nada de esto.

—Era una sorpresa —sonrió Carlos.

—¿Y el banco? ¿Y los políticos? Pensé que la idea era cambiar las normas, salir de aquí con un compromiso de que algo así no volvería a ocurrir.

—Ellos no harán nada, ya lo sabes.

—¿Todo esto para nada? —Miguel puso sus manos sobre su nuca.

—¿Cómo que para nada? —Carlos disimuló seriedad y empezó a utilizar un tono de voz suave—. Los hemos... no, los has puesto en evidencia. ¡Si ha venido hasta el presidente del gobierno y la presidenta de la región! ¿Cuándo has visto tú que hayan hecho algo parecido?

—¿Qué has hablado con ellos? —preguntó Miguel tras unos segundos de silencio.

—¿Qué?

—Te he visto hablar con ellos, sobre todo con uno que acompañaba a la Ayala.

—Nada importante —mintió Carlos—. Preguntaban por tu situación.

—Pues si no era nada importante, ¿por qué ella solo me ha dicho estupideces?

—Miguel, estás agotado. Todo está bien.

—Ya has dicho eso.

—Y lo repetiré hasta que lo logremos.

Miguel apartó su mirada de Carlos.

—Miguel, mira...

—Déjame pensar, ¿vale?

—Miguel, no...

—¡Que me dejes un rato tranquilo! —gritó Miguel.

Todos los miraron. Carlos sintió las miradas sobre su nuca. La rabia se apoderó de él. No controló ni pudo evitar manifestarla del todo. Lo supo cuando habló de nuevo Miguel.

—Ni se te ocurra grabarme.

—No iba a hacerlo —mintió Carlos una vez más.

—Estabas a punto de pulsar el botón. Me prometiste que grabarías nuestras conversaciones con mi permiso y solo las que habíamos preparado.

Se miraron fijamente. Carlos necesitaba ese silencio para calmarse y ser convincente. Recibió nuevas notificaciones. Las miró. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

—¿Qué sucede?

—Nada. Son notificaciones que recibo de todo esto que estamos generando. Ahí abajo se está vendiendo comida y agua, han montado juegos para niños, hay música...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Muchos están generando algo. Ellos —dijo señalando al director del banco— y los políticos están perdiendo.

Carlos vio en la expresión de Miguel que se sentía perdido. Tantas horas pasaban factura y él estaba consiguiendo llevarlo a su terreno.

—Estamos ayudando a que trabajadores como tú ganen algo de dinero y tú —Carlos señaló en el móvil los productos donde aparecían los artículos que estaba vendiendo— estás recibiendo este dinero gracias al pueblo, a tus compatriotas. *Quid pro quo*.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos. Solo se oían las lejanas voces de la multitud, el sonido de las radios de comunicación de la policía y el ruido que emitían los drones que los sobrevolaban, el que había contratado Carlos y los de otros medios de comunicación.

—Aquí no debería perder nadie.

—¿Qué?

—Antes dijiste que los políticos están perdiendo.

Carlos lo miró sin comprender.

—Estoy cansado de que siempre pierda alguien —Miguel hablaba sin mirarlo—. No debería ser así.

Carlos lo vio sentarse con las piernas colgando a setenta metros de altura. Un murmullo se oyó desde abajo y los seis agentes que se encontraban en la azotea dieron unos pasos hacia Miguel. Pablo, Inés, Juan Luis, Cayetano y Andrés se tensaron.

—¡Que nadie se acerque o me tiro! —gritó Miguel.

—¡Alejaros todos! —ordenó Carlos mientras volvía a grabar con su cámara y avanzaba hacia Miguel.

—Tú tampoco, Carlos Liques.

A Carlos no le gustó que pronunciara su nombre completo de aquella manera tan pausada, deteniéndose en cada sílaba. Y tampoco le gustó que le diera una orden. Sentía que volvía a perder el control sobre Miguel y, por tanto, de la situación. Necesitaba que se alargara todo más tiempo, el suficiente para lograr recaudar la cifra con cinco ceros que se había propuesto alcanzar.

—No lo vayas a hacer.

—Por ahora no. Solo estoy descansando. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas cuatro horas.

—¿Solo?

Carlos sabía que esa pregunta retórica de Miguel generaría muchos comentarios negativos en las redes. Ya se los estaba imaginando.

—¿Querías que esto se solucionara antes? —improvisó Carlos.

—Cuando ves la muerte tan cerca...no sé, pensaba que el tiempo pasaría más rápido.

Carlos enmudeció.

—¿No esperabas que de verdad fuera a matarme? —Miguel señaló a los políticos y al director del banco—. Si no encontraba o me daban una solución, solo quedaba una única opción. Sigues sin decir nada, ¿eh?

Miguel empezó a reír. Carlos seguía en silencio. Parecía en shock.

—No lo hagas u otros harán lo mismo.

La voz de la subinspectora, que se había situado silenciosamente un paso detrás de Carlos, lo sacó de su paralización.

—¿Qué otros? —preguntó Miguel.

—¿Puedo? —pidió permiso la subinspectora para aproximarse.

—No lo haga —más que una orden, la voz de Carlos pareció un ruego.

La subinspectora lo ignoró y se aproximó hasta situarse a dos metros de Miguel, lo más cerca que nadie había estado desde que subió allí, a excepción de Carlos. Miguel le hizo una señal con la mano para que se detuviera. La subinspectora extendió la mano y le mostró en su móvil varios vídeos.

Carlos conocía el contenido de esos vídeos. Miguel apartó la mirada medio minuto después. Le pidió a la subinspectora que se marchara. Carlos la miró con desprecio cuando pasó a su lado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no quería que te preocuparas por otros. Debes preocuparte solo por ti.

—Pero quedamos en que también haríamos esto por otros, para que nadie más pasara por esto —Miguel intentó controlar las lágrimas—. Y lo están haciendo...son muchos.

—Aguanta un poco más. Te prometo que acabará pronto.

Se hizo un incómodo silencio que lo rompió Miguel al cabo de un minuto.

—Vete.

—¿Qué?

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? Que te largues. No pintas nada aquí.

—Miguel...

—¿Empezamos a contar algunas verdades?

Carlos retrocedió rápidamente. Caminó de espaldas hasta que Miguel apartó la mirada de él. Siguió grabando hasta sentir una mano sobre su hombro y una indicación para que apagara la cámara.

—Debe hacerlo en una hora. Si lo hace, estarás dentro. ¿Serás capaz?

—Por supuesto.

—Confío en ti, muchacho.

Andrés volvió a poner una mano sobre el hombro de Carlos y se alejó.

Carlos había intentado que Miguel no saltara. Creía que iba a hacerlo...demasiado pronto. Debía saltar del edificio a las cinco y media de la tarde. Entonces lograría uno de los sueños de cualquier buen periodista: ser tertuliano en un programa de actualidad.

2

El día antes de correr su primera maratón, quince años atrás, le aconsejaron que bebiera en cada puesto de avituallamiento, aunque no tuviera sed, ubicado cada cinco kilómetros. Ignoró ese consejo y no bebió en algunos de esos puestos. Le pasó factura. Terminó la maratón, pero acabó con calambres y vómitos. Ese día se demostró que podía cumplir su objetivo de finalizar la maratón y aprendió que debía seguir los consejos de expertos, además de la importancia de una buena hidratación.

Miguel quería cumplir su propósito, no sabía cómo. Lo tenía claro antes, pero el calor era demasiado intenso y la falta de hidratación le estaba pasando factura física y mentalmente. Aquel aprendizaje de su primera maratón no lo estaba cumpliendo ese día: "¿De verdad Carlos era un experto?", se preguntó varias veces. Se dio diferentes respuestas, siendo las últimas muy diferentes de las primeras.

La conversación que tuvo con el presidente del gobierno fue como una montaña rusa para Miguel. Al principio creyó que realmente iba a ayudarlo. "¡Se había presentado expresamente aquí para hablar conmigo!". Jamás había imaginado aquello. Ni Carlos tampoco, al que oía bastante nervioso a través del pinganillo. Pero esa sorpresa creó una esperanza para resolver su situación que se disipó rápidamente con las eternas promesas de cambiar la legislación.

—¿La vais a cambiar hoy?

—Lo haremos lo antes posible —contestó el presidente.

—¿Y yo qué hago mientras?

—Te ofreceremos un puesto en el que puedas ganar más dinero hasta solucionar...

—¿Cuánto gano yo? —le interrumpió Miguel.

—No lo sé —tuvo que admitir el presidente tras un largo titubeo.

Miguel le pidió que se fuera. No hizo falta que Carlos le ayudara a echarlo, aunque sí le dictó una última frase.

—No necesito ese tipo de caridad —sentenció Carlos a través de Miguel al presidente.

“Claro que la necesito”, se dijo Miguel cuando se marchó Pablo Jiménez. Miguel quería solventar sus problemas y si le ofrecían un trabajo mejor remunerado para afrontar los pagos pendientes y los venideros, “¿por qué no?, si ya trabajo diez horas al día por una miseria”.

La llegada de la presidenta de la región fue una situación que le pareció surrealista. Pronunció palabras y frases incoherentes. Miguel intentó buscarle algún sentido sin encontrarlo. Las falsas promesas que siempre pronunciaba. Parecía una niña de diez años al frente de una situación de adultos.

Miguel sentía que no había avanzado nada. Y peor se sintió cuando Carlos le mostró los vídeos con las declaraciones que ambos políticos, declaraciones con falsedades, con palabras que no habían intercambiado. Se sintió derrotado.

—No lo estás —le animó Carlos. Mira todo lo que hay alrededor.

Carlos le mostró las imágenes de las personas congregadas a los pies del edificio, cientos de ellas y no miles como llegó a exagerar Carlos, los mensajes de apoyo a través de las redes sociales... Miguel se emocionó con el apoyo de tantas personas. Él era consciente de que habría mensajes de odio hacia su persona, pero no quiso pensar en ello. Necesitaba coger fuerzas y la mente era la que le iba a ayudar a que su cuerpo se mantuviera bien, como una frase que le enviaron antes de correr su primera maratón:

“Una maratón son treinta kilómetros con las piernas, diez con la cabeza, dos con el corazón y ciento noventa y cinco metros con lágrimas en los ojos”.

Miguel había recorrido ya los treinta kilómetros aquel día. Ahora le tocaba el turno a su cabeza.

Pero su mente no paraba de dar vueltas a múltiples pensamientos, que se cruzaban unos con otros, sin que ninguno de ellos fuera nítido. Hacía tiempo que no analizaba cada situación vivida. En el

mundo tan acelerado en el que se vivía, no solo él sino la sociedad, no había tenido tiempo de reflexionar. Aprovechó aquel momento, aunque rodeado de personas, en el que se sentía realmente solo y sin un móvil en la mano que lo distrajera, para pensar en él, en su familia, lo que estaba haciendo y todo lo escuchado de Carlos, los políticos, la subinspectora, cuyo nombre no recordaba, y Aída, la representante de la *Asociación Paralizar Desahucios*, la última persona con la que había conversado.

—Dame unos minutos y encontraré una solución.

—No me lances falsas promesas tú también.

—No lo son.

—¿Y cómo me vas a ayudar?

—Evitaremos el desahucio. Daremos tiempo a...

—¿Os pondréis delante o dentro de mi hogar y nos enfrentaremos todos a la policía? ¿Con mis hijos dentro? ¿Esa es tu solución?

—¿Y matarte es la tuya? ¿Dejar huérfanos a tus hijos y viuda a tu esposa?

—Mejor eso que dormir en la calle.

—Es más fácil morir que vivir.

—Lárgate.

—No.

—¡Lárgate!

—No hagas nada. Resiste más tiempo, por favor.

La expresión de Aída era diferente de la de las otras personas que habían hablado con él en la azotea. Transmitía verdadera preocupación. Quería ayudarlo de verdad. Lo vio en sus ojos, algo que no vio en los representantes del pueblo...ni en Carlos.

—Gracias —dijo Aída ante el leve asentimiento de cabeza de Miguel cuando le pidió que aguantara más tiempo.

La vio caminar y cruzar una mirada desafiante con Carlos.

—Esa perroflauta.

—Cállate, aunque solo sea un minuto —ordenó Miguel a Carlos.

—Miguel...

Miguel amagó con quitarse el pinganillo. Carlos avanzó y le hizo una señal para que no lo hiciera. Miguel lo ignoró.

—Ya te he mostrado el apoyo de la gente.

Carlos le mostró de nuevo a través de su móvil el dinero recaudado con los productos que había vendido, además de otras donaciones que habían hecho ciudadanos anónimos. Miguel vio en la mirada de Carlos algo de lo que no se había percatado, lo que sí vio en los ojos de Aída.

Necesitaba estar de nuevo solo.

Carlos se volvió a alejar.

Segundos después, Miguel tuvo la necesidad de abrazar a su esposa e hijos. Llevaban tiempo sin abrazarse como lo hacían antes. Tantas preocupaciones le habían hecho olvidar lo maravilloso que era sentir el contacto físico de las personas a las que se amaba, de lo necesario que era para el cuerpo y el corazón. No recordaba la última vez que había hecho el amor con María. Estaban tan agotados física y mentalmente que ni lo habían intentado en los últimos meses.

A su mente regresaron las imágenes mostradas por la subinspectora. “¿Sería yo el culpable de que algunas de esas personas murieran?”. Sus piernas temblaron y se tuvo que sentar. “No, no soy responsable, pero puedo parecer un instigador”. Esos pensamientos se disiparon cuando vio a Carlos hablando con un rostro conocido, seguramente de haberlo visto en televisión.

—¿Qué quería ese? —preguntó Miguel cuando se acercó Carlos tras la señal que le hizo.

—Nada.

—Me suena su cara.

—Es el asesor de Inés Ayala.

Se hizo el silencio. Miguel escrutó a Carlos en la distancia de diez metros que lo separaban.

—¿Qué te ha ofrecido?

—Quiere ayudar.

—No, ¿qué te ha ofrecido a ti?

La mirada de Carlos se oscureció. Volvió a reinar el silencio entre ellos.

Miguel se bloqueó mentalmente. Sus piernas fallaban desde el kilómetro treinta. Y, sin darse cuenta, había recorrido los diez

kilómetros con la ayuda de su cabeza. Ahora le tocaba tirar de corazón.

3

No tardó mucho en reforzar su idea sobre las redes sociales y sobre las personas que comentan cualquier noticia. “*Opinólogos profesionales*”, los había nombrado en más de una ocasión. Aun así, no podía dejar de leer los comentarios dirigidos a su persona, comentarios hirientes, algunos amenazantes. Se sintió peor porque, a pesar de todo, algunos tenían razón, sobre todo los que se preguntaban el motivo por el que ella no hubiera aparecido aún por allí.

María estaba siguiendo las indicaciones de Carlos y debía esperar para aparecer por el edificio. De todos modos, si no las hubiera seguido, habría llegado poco antes, ya que su jefe le obligó a cumplir su horario de trabajo.

—No se va a mover de ahí —dijo con tono de sorna—. Lo dice la gente.

Su jefe le mostró comentarios de un grupo de una red social que, al ver María el nombre de ese grupo, tuvo que reprimir un comentario insultante hacia él y esas personas cuyos mensajes siempre estaban cargados de odio.

Una compañera se ofreció a llevarla hasta el edificio *Phetioca*, pero María le pidió que la llevara a casa de su madre, pues necesitaba saber cómo estaban sus hijos. Durante el recorrido su compañera la bombardeó a preguntas y habló sin parar de la situación del país e, incluso, opinó sobre todos los problemas que se discutían en las tertulias políticas. María guardaba silencio ante las frases hechas que su compañera repetía una y otra vez mientras su móvil, silenciado, se llenaba de mensajes y llamadas.

—Muchas gracias.

—Llámame para cualquier cosa que necesites.

María cerró con fuerza la puerta del coche. Pensaba que la cabeza le iba a estallar.

—¿Por qué no me coges el teléfono? —preguntó su madre cuando María aún no había cruzado el marco de la puerta.

—No podía. ¿Y los niños?

—Preocupados.

—¿No le habrás dejado ver las noticias?

—¿Y qué iba a hacer? Está en todos lados. No me mires así, hija.

—¿Cómo quieres que te mire?

—¡Mamá! ¡Mamá!

Manuel y Lucía corrieron a abrazar a su madre en la entrada del piso. Ella los cubrió de besos.

—Hemos visto a papá en la tele y en el móvil de la abuela —dijo Manuel.

—¿Se va a matar? —preguntó Lucía.

María corrió al salón y apagó la televisión, no sin antes lanzar una mirada a su madre llena de furia. Cogió aire antes de hablar.

—Papá estará bien, no os preocupéis.

—¿Nos vamos a quedar sin casa?

—No, hijo, eso no ocurrirá.

María no pudo controlar que una lágrima recorriera su mejilla.

—Ahora voy a ir con él. Y regresaremos juntos, ¿vale?

Sus hijos asintieron. María los abrazó fuertemente y los besó con cariño.

—¿Quién es? —contestó al porterillo la madre de María—. Sí, está aquí. No, ella está bajando. Sí, de acuerdo.

—¿Quién ha llamado? —preguntó María.

—La policía. Querían subir.

—Bajo yo.

—Eso les he dicho yo.

—¿Te van a meter en la cárcel?

—No, Manuel. Me llevan para que esté con papá. Portaos bien. No pongas más la tele —dijo con severidad a su madre, aunque sabía que no lo cumpliría.

María saludó a los dos agentes que cumplieron el protocolo de informarle e invitarla a que la acompañaran. Hicieron el recorrido en

silencio, un silencio que solo era interrumpido por las comunicaciones de la radio policial. María se sentía como en una película. La cabeza empezó a darle vueltas y, aún más, cuando llegó al edificio *Phetioca*: aquello más que una situación que podía desembocar en tragedia parecía un circo.

Salió del coche y solo veía móviles que la grababan y le sacaban fotos; gritos de apoyos y otros insultándola; abucheos; personas vendiendo paraguas de colores; personas con neveras que vendían bebidas frías; otros vendían fruta fresca; pancartas de apoyo improvisadas y otras pancartas que pedían que Miguel saltara... María sintió que iba a desmayarse. Una voz hizo que volviera en sí.

—María, soy la subinspectora Inmaculada García. Por favor, acompáñeme.

María la siguió al interior del edificio. Inmaculada le indicó que entrara en un despacho, ubicado en la planta baja, y cerró la puerta. María agradeció el frescor del interior del edificio.

—¿Quiere agua? —María negó con la cabeza el ofrecimiento de la subinspectora—. Voy a ir directa al grano porque no hace falta describir la situación. ¿Sabía que su marido planeaba hacer esto?

—No —mintió María bajando la mirada.

—Pero si era conocedora de los problemas que tenían, ¿verdad?

—Claro que sí, ¿qué clase de pregunta es esa? —contestó alzando la cabeza.

—Al menos sé que en eso no me miente.

María volvió a bajar la mirada.

—Mire —continuó Inmaculada suavizando su tono—, nadie quiere que su marido muera y ya habrá visto lo que está ocurriendo en otras ciudades.

—Quiero hablar con él.

—Ahora subimos.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que dejen de escuchar a Carlos Liques y escuchen...

—¿A quién? —le interrumpió María—. ¿A usted? ¿A esos políticos? A vosotros os da igual qué nos ocurra. Solo queréis quedar bien. Os importa una mierda que mis hijos duerman en la calle.

—Hay otras opciones.

—¿Como irnos a vivir con mi madre? Claro que es una opción. Vivir cinco personas en un piso que no llega a los cuarenta metros cuadrados. Gran idea. También hay otras opciones, como ayudar a que todos tengamos una vivienda digna. A usted, que ha opositado para ser policía, seguro que le suena eso de algo —A María le faltaba el aliento—. Lléveme con mi marido, por favor.

Subieron en silencio. María llegó a sentirse, por un momento, ella misma, hablando sin miedo al reproche o, como le sucedía en el trabajo, sin miedo a perder su puesto si daba su opinión o se quejaba de las malas condiciones. El malestar de su cabeza había desaparecido por completo cuando se abrieron las puertas del ascensor en la planta veinte. Allí se encontró con tres policías y una mujer que se presentó inmediatamente.

—Soy Aída, de la *Asociación Paralizar Desahucios*.

—Voy a hablar con mi marido.

—Si necesitas cualquier apoyo o asesoramiento, cuenta conmigo.

—Ahora no, gracias. Mira... ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Aída.

—Mira, Aída. Valoro lo que hacéis, pero deseo no llegar a necesitaros.

—Pero que hablemos no significa que vayan a desahuciaros. Entiendo que pedirnos ayuda puede causar cierta desazón por...

—Ahora no, ¿vale?

Aída asintió. María volvió a coger aire. No quería pensar en la palabra desahucio ni querer recurrir a Aída.

Subió los últimos peldaños antes de llegar a la azotea con temblor de piernas. Sintió el calor en su rostro. Cerró los ojos y pensó en sus hijos. Se llenó de energía sintiendo sus abrazos. Abrió los ojos y accedió a la azotea donde fue avasallada de inmediato.

—Hola, María. Encantado de conocerla, aunque lamento que sea en estas circunstancias. Ya sabe que el gobierno está para...

—Estoy aquí para ayudarla, la región siempre ha ayudado a los ciudadanos...

—¡Cállense! —gritó María—. ¡Y usted ni se atreva a abrir la boca! —ordenó al director del banco quien estaba a punto de hablar.

María vio aproximarse a Carlos sonriente con su cámara. Pronto ella sería la protagonista de un nuevo episodio de aquella historia.

—Ahora quiero hablar con mi marido. No he podido venir antes porque tenía que trabajar y también ver a mis hijos, que están muy preocupados. Y conmigo no tienen nada de qué hablar. Deben hablar entre ustedes y con el resto de los representantes del pueblo para ayudarnos a nosotros y a quienes no tienen donde vivir ni para comer. El sonido de unos vítores llegó a lo alto del edificio.

—Quítense de mi camino. En lugar de entorpecer y bloquear el paso, pónganse a nuestro lado para caminar juntos.

María volvió a reconocerse. Realmente volvía a ser ella misma. La opresión de su pecho desapareció y se sintió más ligera. Caminó hacia Miguel con confianza, aunque la mirada de su marido le hizo darse cuenta de que algo no iba bien.

4

Estaba acomodado con los pies sobre la mesa. En una mano tenía su móvil y veía tranquilamente un nuevo capítulo de la historia que ocurría a poca distancia. En la otra mano, un vaso con el quinto güisqui del día esperaba para saciar la sed y llenar un estómago que no necesitaba ingerir nada más para afrontar esa situación.

Andrés no cambió su posición cuando Cayetano entró en el despacho y lo vio.

—Te veo muy tranquilo —dijo el director del banco con ironía.

—¿Por qué iba a estar nervioso? No trabajo en este banco y mi imagen no es la que está en juego.

—¿No me vas a contar qué tienes planeado? —preguntó Cayetano tras medio minuto de silencio.

Andrés se limitó a sonreír. Bebió el contenido del vaso de un trago, se levantó e indicó a Cayetano que se sentara en el puesto que le correspondía. Andrés se sirvió otro vaso.

—Buen güisqui, sí señor.

Antes de dar otro sorbo, hizo una breve llamada.

—Baja... ¿Dónde va a ser?... Exacto.

Andrés colgó y continuó viendo el directo que emitía Carlos. Se sentó frente a Cayetano.

—¿Qué te dijo mi hija? —Andrés ignoró la pregunta—. Todos tenemos algo que ocultar, ¿eh? —insistió Cayetano.

Andrés apartó la mirada de la pantalla.

—Por supuesto —contestó finalmente—, pero mis secretos no los conoce ni Dios.

—Pero los de la Ayala sí.

—Exacto —Andrés sonrió—. Pero ya está todo solucionado. Solo necesitaba unos minutos. Ya no hay nada que tu hija pueda hacer.

Aída había intentado chantajear a Andrés con el currículum de Inés, quien había publicado en la web de la región una titulación universitaria con notas altas cuando no había sacado esas notas, ni siquiera había logrado graduarse.

—Y lo de esos másteres, tengo pruebas —le había dicho Aída.

En tan solo treinta minutos Andrés logró que la rectora de la universidad falsificara el título y las notas. Andrés los tenía en su poder y los publicaría si Aída, que conocía a Inés al ser de la misma edad y, supuestamente, haberse licenciado el mismo año, filtraba esa información.

—Andrés, tienes mucho que explicarme —irrumpió en el despacho la presidenta de la región.

—Lo sé.

Andrés bebió de un trago el resto del contenido del vaso y le resumió lo ocurrido. Mientras se lo contaba, Inés no paraba de mirar a Cayetano.

—Yo estoy con vosotros. Nada saldrá de aquí —dijo el director del banco gesticulando con sus dedos que su boca estaba sellada.

Inés se sentó y cerró los ojos.

—Esto me tiene harta.

—A todos —Andrés se levantó y se sirvió otra copa. Se sentó mientras medía sus palabras, quería seguir controlándolas él y no el alcohol —. Muy bien, al Carlos ese ya lo tenemos controlado. Será tertuliano en nuestra televisión regional y le iremos metiendo poco a poco en los programas de las televisiones nacionales que controlamos —bebió un sorbo antes de continuar—. En unos diez o quince minutos, el suicida ese va a pedir que tú y el hijo de puta vayáis a hablar con él al mismo tiempo. Y no te preocupes, que esta vez estaré al otro lado —se tocó con el dedo la oreja.

—¿Y por qué va a pedir eso?

—Se lo dirá Carlos. Por esas cosas no te preocupes, Inés. Respecto a tu hija —se dirigió a Cayetano—, dime alguna mierda sobre ella. La tengo controlada con lo que te dije antes, pero quiero quitármela ya de en medio.

—No tengo nada.

—Vamos, Cayetano. No vayas ahora de buen progenitor.

—Es verdad.

—¿Alcohol? ¿Drogas?

Cayetano negó con la cabeza. Andrés lo escrutó con la mirada. Sabía que mentía, aunque su mirada parecía sincera.

—Bueno, ya me inventaré algo.

—Pero no le va a...

—Cayetano, ¿de verdad quieres proteger a quien te ha intentado joder?

—Sigue siendo mi hija.

—Mejores familias se dan continuamente puñaladas. No puedo perder el tiempo con moralismos.

Finalizó la bebida. Cogió un caramelo de menta que estaba en un cenicero en la mesa de Cayetano y se levantó.

—Inés, el dron os enfocará a los dos, pero Carlos te grabará solo a ti. Se oirá todo.

—¿Y también lo que diga el otro?

—No te preocupes por lo que él pueda decir, nadie lo oirá. Bueno oirán lo que nosotros queramos. Vamos a prepararnos.

Inés se levantó con la misma sonrisa de Andrés. Antes de salir del despacho, Andrés dirigió una mirada a Cayetano, quien estaba pensativo.

—Recuerda que nada debe salir de aquí si no quieres que todos sepan tus secretos. Confiamos en ti.

Cayetano asintió levemente.

Andrés salió del despacho, cerró la puerta y se ajustó a su chaqueta. Se tragó el resto del caramelo y con un tono animoso le habló a Inés.

—Vamos allá, el espectáculo lo vamos a acabar a lo grande.

Caminaron hacia la escalera de la azotea. Andrés tenía el convencimiento de que había acertado en no contarle a Inés el final de su plan, así su expresión de horror sería más auténtica cuando viera a Miguel tirarse del edificio.

5

—Miguel, ¿me estás escuchando? Por favor, mírame.

Miguel estaba sentado. Alzó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de María. La ternura de la mirada de su esposa lo sacó de su ensimismamiento. A pesar de todo el ruido externo y de las personas que se encontraban unos pasos por detrás de ella, sintió que estaban solos, un momento de intimidad, cercanía y empatía como hacía tiempo que no tenían.

—No puedo más. Todo esto no servirá de nada.

María le hizo un leve gesto señalando el pecho, donde él tenía el micrófono por el que todos lo escuchaban desde sus móviles, tabletas y ordenadores. Miguel miró hacia el micrófono. El momento de intimidad se rompió.

—Miguel, los niños quieren que vuelvas a casa —María continuó con el guion de Carlos.

—¿Qué casa? No será nuestra, nunca lo ha sido realmente. Es el banco quien siempre la ha poseído.

—Hemos creado un hogar, nuestros hijos están creciendo ahí y lo seguirán haciendo.

Miguel soltó una carcajada llena de tristeza. María no se creía lo que decía. Las palabras de Carlos parecían sacadas de una película lacrimógena de sobremesa. María dejó de sentirse ella misma. Había perdido la energía y seguridad con la que entró en el edificio.

—Por eso tengo que hacerlo. Nuestros hijos necesitan un hogar.

Miguel se levantó. Del agotamiento se tambaleó. La expresión de pánico de María era real.

—Miguel, por favor, ten cuidado.

Miguel bajó la mirada. Cuando la dirigió de nuevo a María, su rostro estaba surcado de lágrimas.

—¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Qué hemos hecho mal? ¿Qué he hecho yo mal?

—Miguel, no hemos hecho nada malo. Hay cosas que no podemos controlar. Saldremos de esta juntos. ¿Has visto el dinero que se está recaudando?

—No es suficiente.

—Han venido personalidades importantes. Tal vez nos ayuden.

—¿De verdad crees que nos van a ayudar?

María no podía controlar el temblor de sus manos. Giró la cabeza hacia Carlos que le hizo un gesto con la mano para que continuara. María lo escudriñó con la mirada y vio que sonreía. Permaneció en silencio varios segundos antes de volver a hablar.

—Nadie quiere regresar con sus padres. Parece un fracaso depender de ellos a cierta edad y más cuando se tiene hijos. Pero eso es mejor que romper una familia.

María miró de nuevo a Carlos, cuya sonrisa había desaparecido.

—Miguel, vámonos de aquí, te lo ruego. Y quítate ese micrófono, que la gente vea otro espectáculo en su casa, pero de ficción.

Miguel la miró y después a Carlos, quien hacía movimientos de negación con la cabeza. María miró con rabia a Carlos.

—Quítate el micrófono. Por favor, quítatelo y tíralo —insistió María ante el silencio de Miguel.

María escuchó las voces de quienes estaban setenta metros más abajo. Pensó por un momento que, por haber hecho referencia al micrófono, se habrían dado cuenta de que todo era un montaje porque, a pesar de oírlo todo, mencionar ese aparato cambiaba la perspectiva de lo que veían.

La voz que salía del comunicador policial de la subinspectora, informándole de que se había perdido el sonido, hizo que se diera cuenta de que Carlos había desconectado el micrófono.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó María a Carlos, quien avanzaba hacia ellos.

—Así no vamos a lograr nada —contestó Carlos en un tono bajo.

—¿Vamos? Tú no estás en esto.

—¿Cómo qué no? Mira todo: la cámara, el dron, la campaña de internet... ¿cuánto crees que he invertido?

—¿Cuánto sacas de esa “inversión”? —María le sostenía la mirada a Carlos.

—De dinero no lo sé. Repercusión mediática para trabajar de periodista, espero que mucha.

—Al menos has sido sincero por una vez y has mostrado tu verdadera cara. Miguel te puedes quitar el micrófono. Nos vamos.

—No, no lo haré.

María miró a Miguel con rostro compungido. Carlos sonrió de nuevo.

—Miguel, no...

—Van a hablar contigo.

—¿Quiénes?

No hizo falta que Carlos contestara. María vio acceder de nuevo a la azotea al presidente del gobierno y a la presidenta de la región seguidos por el asesor de ella y el director del banco. Pocos segundos después apareció el alcalde.

—Aprovecha la oportunidad, Miguel.

—No, no lo hagas —rogó María—. Vámonos, no harán nada.

—Aún tengo el micro desconectado. Esto es para nosotros. Quiero ayudarte y lo haré —dijo con firmeza Carlos.

María y Carlos observaron a Miguel en silencio, quien miraba a ambos y también a los políticos y policías que se encontraban en la azotea. Hizo el amago de dirigir su mirada hacia abajo, pero un pequeño mareo hizo que mantuviera la cabeza en alto.

—Está bien, hablaré con ellos.

—Miguel...

—Es nuestra última oportunidad, María.

Carlos volvió a conectar el micrófono. María se dio cuenta de ello por las voces que llegaban de la multitud.

—María, te quiero —continuó Miguel—. Hace tiempo que no te lo decía. Y también a nuestros hijos. Por eso hago esto. Déjales que venga —le indicó a Carlos.

María fue incapaz de hablar. Las lágrimas inundaron su rostro. Sentía que su garganta se había encogido y las palabras no eran capaces de salir. Puso una mano sobre su pecho y asintió cuando Miguel le pidió que lo dejara a solas con los políticos.

—De una manera u otra, esto acabará en breve.

María sintió una gran presión en su pecho al oír esas palabras. Tuvo que ser ayudada por la subinspectora cuando sus piernas le fallaron. Todo el mal presentimiento que tuvo al ver a Miguel se estaba confirmando.

—Tome agua —la subinspectora le ayudó a beber de una pequeña botella.

—Esto no debería estar sucediendo así.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Inmaculada—. ¿María? —insistió la subinspectora.

María la miró y luego a Carlos. Inmaculada, tras pocos segundos comprendió todo.

—Lo puedo echar de aquí.

—No, será peor —rogó María.

Inmaculada la miró comprensiva.

—No se preocupe, su marido hablará esta vez por sí mismo.

María no entendía qué quería decir con esas palabras hasta que sus ojos se dirigieron a Miguel, que se estaba quitando el pinganillo y lo lanzó contra el rostro de Carlos.

—Graba lo que quieras, pero el que va a hablar a partir de ahora soy yo —escuchó todo el mundo a través del micrófono que sí conservó Miguel en su pecho.

Carlos hizo un gesto a los políticos para que se aproximaran a Miguel. El rostro del periodista estaba cargado de rabia.

María sintió una ligera satisfacción al verlo así, aunque le duró poco tiempo, ya que el gesto de asentimiento que el asesor de la presidenta dirigió a Carlos le hizo presentir que aquel encuentro iba a estar dirigido, pero no por ninguno de los tres participantes, ni por Carlos.

Ese presentimiento provocó que su corazón se oprimiera tanto que perdió por unos segundos el conocimiento.

6

Miguel avanzó dos pasos. El movimiento de los policías lo alertó. Quería ayudar a María, lo que implicaría abandonar la posición en la que tenía una amplia visión y nadie podía acercarse sin que él lo viera. Cuando ella se levantó con la ayuda de la subinspectora y del presidente, regresó a su posición caminando de espaldas. Estaba tan pendiente de su esposa que tropezó y casi cayó al vacío. Los gritos de todos los presentes hicieron que aumentara la palidez del rostro de María.

Miguel puso su mano sobre el pecho. Sus latidos se habían acelerado. Miró a Carlos, que no había grabado aquel gesto. No estaba seguro de que el dron sí lo hubiera hecho. “Dar la sensación de temor ante una posible caída de alguien que pretende suicidarse, no era la mejor imagen en aquel momento”. Aquel pensamiento se disipó de la mente de Miguel cuando vio que María recuperaba su color.

Carlos aprovechó el momento para acercarse a él.

—No estoy grabando. Creo que esto podría serte útil —le mostró el pinganillo que le había arrojado—. ¿Estás bien? —preguntó ante el silencio de Miguel. Carlos quería parecer preocupado por él y ocultó la rabia que sentía—. Se están acercando. De verdad que quiero ayudarte.

Miguel lo ignoró. Se posicionó para estar cómodo y mirar a los políticos de frente, cara a cara.

Mientras se aproximaban a él miró hacia abajo. Veía cabezas, distinguía algunos brazos agitándose, había furgonetas, camiones, coches y, sobre todo, se oía un gran murmullo que se incrementó cuando se escucharon las primeras palabras de aquellas personas. Todos lo oían. Estaban en directo. El vértigo de Miguel aumentó. Miró a María. La imagen de sus hijos vino a su mente. La de tantas

personas como él también. Se llenó de una fuerza que había olvidado que tenía.

—Hola, Miguel. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas agua o algo para comer?

—Hola, ¿qué te puedo ofrecer?

Miguel miró a Pablo Jiménez y a Inés Ayala fijamente a los ojos.

—Ya saben lo que necesito —contestó secamente.

—Vamos a hacer una...

—Nosotros vamos a evitar...

El presidente del gobierno y la presidenta de la región se pisaban las palabras para intentar llevar la iniciativa.

—¡Parad! —alzó la voz Miguel—. Estáis hablando para vosotros mismos, no para mí ni para quienes están en la misma situación que yo. Empiece usted —se dirigió al presidente mientras oía vítores de la multitud.

—Gracias, Miguel —comenzó Pablo aclarándose la voz—. Vamos a modificar la ley de Vivienda *ipso facto* para que nadie pierda su hogar. Ahora mismo se encuentran el ministro de Vivienda y los secretarios de Estado elaborando un borrador que, puedo adelantar, ayudará a las personas más vulnerables, las protegerá ante cualquier circunstancia como la que tú y tantos otros os encontráis.

—¿Y cómo lo haréis?

—Con ayudas económicas. El Estado se hará cargo de todo mientras mejora la situación de los afectados.

—Y pagaréis dinero a los bancos con el dinero de los ciudadanos, ¿no es así? —interrumpió Inés Ayala.

—Ayudaremos a las personas a que no pierdan su vivienda, eso hará que les resulte más fácil encontrar o mantener un trabajo y sus hijos sigan teniendo un hogar —aseveró el presidente.

—Como siempre haciendo que los ciudadanos paguen más impuestos. Nos vais a llevar más a la ruina de lo que ya estamos.

—Recuerde que nuestra economía es la que más ha crecido en los últimos años.

—A base de machacar a los ciudadanos con impuestos y más impuestos. Pero ahora lo que toca es hablar de la vivienda.

—Para eso estamos, no para hacer campaña contra un gobierno que apuesta por ayudar a su pueblo.

Miguel los observaba en silencio. Ambos políticos estaban situados de perfil a él. Ella se tocó el pelo. En ese movimiento que hizo con el dedo, la oreja se quedó al descubierto y vio un pinganillo. Miguel miró a Carlos. Detrás de él estaba la figura que había visto antes, que en un primer momento no llegó a reconocer. Sus labios se movían y, segundos después, lo hacían los de la presidenta.

—Nosotros hemos llegado a un acuerdo con este banco, y lo extenderemos a los demás, para que, en caso de no poder abonar los gastos de la hipoteca, se suspendan los pagos durante doce meses, así se ayudarán a las familias a que se recuperen económicamente. Después retomarán su hipoteca sin gastos adicionales y sin que otro ciudadano tenga que abonar más impuestos.

Miguel vislumbró una sonrisa en el rostro de aquel hombre, “el asesor de la presidenta”, se dijo justo en el momento que el sonido de los vítores acompañó un intercambio de miradas entre el asesor y Carlos.

—Si ustedes cumplieran las leyes, esto no ocurriría —dijo el presidente—. Hay competencias en materia de vivienda, que tiene usted y su alcalde, que ayudarían a evitar desahucios. ¿Ahora quiere proponer esa solución? Nosotros llevamos años mejorando la ley de Vivienda y ese borrador, que la mejorará aún más y que está elaborándose ahora mismo, va acorde con la realidad del país. Si es verdad que un banco ayudará a los ciudadanos de esa manera, me gustaría verlo por escrito.

—Yo también quiero verlo —dijo Miguel, quien, durante esa discusión, parecía un espectador más.

—Está bien —respondió la presidenta tras unos segundos en silencio.

Los tres miraron hacia la posición de Carlos, el asesor y varios policías. Junto a ellos estaba Cayetano, a quien paró Andrés sujetándole por el brazo cuando este ignoró las palabras que le estaba dirigiendo. Cayetano se zafó de él y caminó hasta situarse

entre los dos políticos, a solo metro y medio de Miguel. El rostro de Cayetano estaba empapado de sudor.

—Miguel, ya sabes quién es —dijo Inés—. Enséñale el acuerdo que haremos extensible a todos los bancos.

Miguel oyó un murmullo de la multitud. No escuchaban lo que decían.

—¿Has cortado el audio? —gritó a Carlos—. Conéctalo ahora.

Carlos miró a Andrés.

—¡Conéctalo ya! ¿De verdad estás conmigo o estás con él?

Miguel no pudo oír qué decían, pero María se había recuperado y, por los gestos que observó de su esposa, obligó a Carlos a conectar de nuevo el audio.

—Presidenta, tire el pinganillo —ordenó Miguel.

—¿Qué? ¿Qué pinganillo?

—Hágalo ya.

Inés obedeció lentamente. Miró a Andrés, cuyo color de piel iba enrojeciéndose por segundos.

—Muy bien, señor director del banco. ¿Qué había dicho? —preguntó Miguel.

—Que no hay ningún acuerdo. Todo es falso.

Inés palideció. Cayetano miraba al suelo.

—Usted no sonría —gritó Miguel al presidente—. Ellos han mentido. Y su borrador no lo quiero. Quiero que se obligue a los bancos a la propuesta que había hecho la presidenta y que, obviamente, no va a cumplir. Y también debe obligarse a los bancos a que no puedan echar a nadie de su hogar, jamás.

—Será complicado, pero...

—Pero nada. Los bancos tienen grandes beneficios. Pueden permitírselo.

—Nadie lo firmará —susurró Cayetano.

—¿Qué has dicho?

—Ningún banco lo aceptará.

Miguel miró a Cayetano, quien a su vez miraba hacia donde estaban los demás, incluyendo la figura de Aída, que había estado en un segundo plano, y caminaba hacia ellos mientras Cayetano se alejaba arrastrando sus pies.

—¡Otra vez tú! —exclamó Inés.

—¿Y tú de parte de quién estás? —preguntó Miguel a Aída.

—De la tuya, Miguel. Lo sabes.

Miguel se estaba mareando.

—Vamos a ayudarte a ti y a tu familia. Te ruego encarecidamente que confíes en mí.

—¿De qué manera? Las palabras que he oído no se han acompañado de hechos.

—Mi gabinete tendrá el borrador en pocas horas.

—Miguel, de verdad que los bancos harán lo que pedimos.

—Hemos ayudado a tantas familias...

—¡Basta!

Miguel gritó tapándose los oídos. Pensó en saltar. No soportaba más palabras vacías. Encontrarse con los ojos de María fue lo que evitó que saltara.

—Media hora.

Pablo, Inés y Aída lo miraron en silencio.

—Si en media hora no hay una solución auténtica y real, me tiro. Y si no creéis que soy capaz de hacerlo, lo comprobaréis si no hacéis nada. Iros, no quiero escuchar nada más.

Miguel los observó alejarse de él en silencio. Sus latidos seguían acelerados. Por primera vez desde que subió a aquel edificio se sentía capaz de cumplir con esa amenaza. Y, también por primera vez, sintió una liberación al pensar que podría acabar su sufrimiento en algo menos de treinta minutos.

7

Aída no se sentía orgullosa de lo que había hecho, pero no veía otra opción. Chantaje era una palabra que odiaba y había tenido que hacer uso de ella en la práctica.

—Papá.

—¿De nuevo soy papá?

Los dos estaban unos pasos detrás de Andrés, quien no los oía al estar dictando instrucciones a Inés.

—No lo hagas, por favor.

—¿Que no haga qué?

—Mentir.

Cayetano suspiró. Movía compulsivamente una carpeta azul con líneas rojas que tenía entre las manos.

—Sé que vas a prometer algo que no se cumplirá.

—¿Y tú qué sabes? Siempre te has creído más lista que nadie, una sabelotodo.

—Lamento que tengas esa idea de mí. Si lo supiera todo no estaríamos aquí discutiendo. Aunque sí sé una cosa: vas a prometer algo imposible. Bueno, lo van a prometer ellos a través de ti —Aída señaló con la cabeza en dirección a los políticos que hablaban con Miguel.

—¿Qué quieres?

—Que esa promesa sea real.

Cayetano no pudo controlar la risa. Dos policías le dirigieron una severa mirada.

—Para ser una antisistema no tienes ni puta idea de cómo funciona el sistema, hija —pronunció con sarcasmo esa última palabra mientras le daba la espalda.

Aída intentó controlar el temblor de sus manos. La relación con su padre era inexistente desde hacía mucho tiempo. Aun así, le dolió

esa forma de pronunciar su vínculo familiar. Las siguientes palabras que ella pronunció salieron de su boca sin haber pasado antes por el filtro de su cerebro. Se arrepintió más tarde. Y, también más tarde, se dio cuenta de que no tenía otra mejor opción.

—¿Cuánto ganaste en comisiones por las hipotecas? ¿Lo suficiente para gastártelo en prostíbulos?

Cayetano se giró pálido. Miraba a todos lados por si alguien había escuchado las palabras de Aída.

—Mamá lo sabía. Tus superiores imagino que no.

—¿Quieres que me echen o, peor aún, me metan en la cárcel? —susurró Cayetano mirando a su alrededor.

—¿Por recibir comisiones por hipotecas con el interés más bajo posible? Sí, mira, ese es un buen motivo para ir a la cárcel. Aunque no sé qué es peor para ti, si ir al paro o la cárcel —Aída utilizó el tono sarcástico que antes había usado su padre.

A Cayetano le temblaba todo el cuerpo. Miró la mano que le extendía su hija. Después sus ojos se posaron sobre la carpeta que sostenía.

—Eres como tu madre.

—Desgraciadamente también tengo algo de ti.

Le dio la carpeta a Aída y esta miró la documentación que contenía.

—¿De verdad alguien podía creerse esa promesa que va a hacer la Ayala?

—La gente puede creerse lo que quiera, depende si son ignorantes o prefieren vivir en la ignorancia —dijo Cayetano mientras le daba de nuevo la espalda a Aída.

Aída observó avanzar a Cayetano cuando este recibió la señal de Andrés para que se acercara a Miguel, Pablo e Inés. Mientras veía el pesado caminar de su padre rompió los papeles que le había dado y los metió de nuevo en la carpeta. Desde su posición no podía oír nítidamente lo que decían, así que sacó su móvil y se conectó a la transmisión en directo para escuchar a su padre dejar en evidencia a la presidente de la región.

—Creo que no ha ido tan mal gracias a ti.

Aída lo miró sin comprender. Pablo señaló con la cabeza hacia donde discutían Andrés, Inés y Cayetano.

—¿Cómo lo ha averiguado?

El presidente se limitó a mirar a su asesora, que estaba a pocos pasos de Aída y sonreía, como si todos fueran del mismo equipo, algo que enfureció aún más a Aída.

—¿No ha ido tan mal? Un hombre puede morir en menos de treinta minutos y hay personas que se suicidan a diario ¿y me dices que no ha ido tan mal?

—Lo de ellos era una mentira. Lo nuestro no.

—¿Y lo vais a poner en práctica?

—Si ganamos, sí.

—¿Es una amenaza o un aviso para que nuestra gente os apoye?

El presidente del gobierno encogió los hombros.

—Ahora lo importante es que Miguel no muera.

—¿De verdad te importa la vida de ese hombre o lo dices pensando en ti por si su muerte podría perjudicarte para seguir en el poder?

—En diez minutos te pasaré el borrador.

—¿Tienes mi teléfono?

—Y tu correo electrónico, además de la dirección de tu piso.

Aída no dejó de mirarlo mientras el presidente bebía agua de una botella que su asesora le había dado. Lo despreció en aquel momento como no lo había hecho antes, aunque más despreciaba a quienes discutían con Cayetano.

8

—¿Podemos hablarlo en mi despacho?

—Ese no es tu despacho desde ahora —bramó Andrés.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Inés.

—Este imbécil nos ha traicionado por ayudar a su querida hijita.

—No ha sido por eso. Ni siquiera ella me cae bien.

—Bien, cuenta qué ha pasado.

—Señora presidenta, todos tenemos secretos.

—Te voy a contar una cosa que no es secreta — Andrés pegó su rostro al de Cayetano, quien se apartó no por miedo, sino por no respirar ese aliento a alcohol que ni el caramelo de menta había disipado—: tú no vas a volver a trabajar en un banco en tu puta vida.

—Lo sé. Y también sé que nunca me faltará trabajo.

—Ya me encargaré yo de que sí te falte.

Cayetano lo miró sonriendo.

—¿A qué viene esa estúpida expresión en tu estúpida cara?

—Hay muchas personas, que seguro conoces, que estarán encantadas de ser asesoradas para reducir el pago de impuestos del Estado y de la Región. Y también en pagar menos intereses a la banca —la sonrisa de Cayetano se amplió al ver la reacción de rabia contenida de Andrés—. Voy a montar la empresa la semana que viene. Os pasaré mi tarjeta cuando la tenga lista. Seguro que tenéis amigos y familiares interesados.

Cayetano dio dos palmadas en la espalda a Andrés.

—Tú no vas a volver a darme órdenes, maldito gilipollas arrogante. Todos tenemos secretos.

Sus miradas se cruzaron, pero no se hablaron.

Cayetano abandonó la azotea del edificio *Phetioca*, al que no tenía intención de regresar jamás.

9

—¿Se puede saber qué pasa? Andrés, responde —insistió Inés ante el silencio de su asesor.

—Vamos a tener que hacer algo, pero ya.

Andrés sacó el móvil de su bolsillo y telefoneó.

—Tienes cinco minutos.

Esas palabras fueron las únicas que logró escuchar Inés. Después vio a Andrés acercándose a Carlos y hablándole al oído. El periodista lo miró con cara de sorpresa, asintiendo segundos después.

—Todo arreglado —se limitó a decir Andrés a Inés—. Solo tendrás que hacer una breve declaración.

—¿Sobre qué?

—Que lo del banco es cierto. En cinco minutos publicaremos los documentos en las redes sociales.

—¿El banco aceptará?

—Cuando ganemos las elecciones el banco se retractará. Y dentro de cuatro años la gente ni se acordará.

Inés le devolvió la sonrisa a Andrés.

10

Carlos dejó de grabar durante dos minutos. Necesitaba regocijarse en el número de comentarios que aumentaba por segundos, al igual que el de seguidores y el dinero que entraba en la cuenta del *crowdfunding*. Ocultó su rostro para que nadie viera su sonrisa. Solo le dio tiempo de ver parte de un vídeo en el que la gente se enfrentaba: unos apoyaban a Miguel y otros deseaban su muerte. Gracias a la rápida actuación policial no sucedió nada grave. El contacto de un dedo sobre su espalda hizo que apartara sus ojos del móvil.

—Vamos a acabar con esto ya —ordenó Andrés.

—Menos de veinticinco minutos —replicó Carlos mirando la hora en su reloj inteligente de pulsera.

—¡Qué cojones! Si ese tío no lleva reloj ni móvil. Ha perdido hasta la noción del tiempo.

Carlos lo observaba esperando una explicación.

—Vamos a hacer una declaración —continuó Andrés—. Y tú le mostrarás tanto la declaración como los documentos.

—Todo falso, imagino.

Andrés miró alrededor y le indicó que hablara en un tono más bajo.

—Tú enséñaselo y no te faltará trabajo jamás.

—¿Y si no funciona? Ya has visto que no atiende a “ciertas razones”.

—Te llegará un vídeo. Se lo debes mostrar después de que vea los documentos.

Carlos no pudo evitar sonreír cuando le contó el contenido del vídeo.

—¿Funcionará?

—Chaval, tú haz lo que yo te digo.

—¿Por qué no mostrárselo antes de los documentos?

—Me gustan los giros de guion.

—Y tener un as en la manga.

Andrés no entendía qué quería decir Carlos con esas últimas palabras. Se limitó a darle dos palmadas en la espalda y se marchó de la azotea.

Carlos sonrió al pensar en el título original de *El gran carnaval: Ace in the hole, As en la manga*. Le gustó la idea del vídeo de Andrés. Decidió escribir a un amigo para que hiciera uno parecido con más personas.

—“¿Cómo voy a hacer eso?”—preguntó su amigo.

—“Ya sabes cómo hacerlo”—contestó Carlos.

—“¿Y para qué lo quieres?”.

—“Para que la gente vea lo grave que puede ser tomar una decisión así”—mintió Carlos.

—“Está bien”.

—“Borra todo el contenido de este chat”.

—“Hecho”.

—“Manda captura de pantalla”.

—“Aquí la tienes, imbécil desconfiado”.

—“Tienes quince minutos”.

Carlos recibió como respuesta un emoticono con el dedo pulgar levantado.

—¿Qué te ha dicho ese?

—¿Quién? —Carlos se había sobresaltado—. ¿Te refieres al asesor de la presidenta? Pues quería conocer el estado de la situación.

—La situación la conocemos todos —dijo María enfurecida—. ¿Qué te ha pedido?

—Nada. De verdad, solo quería saber cómo resolver todo esto, ya que el presidente y la presidenta no han logrado nada.

María lo miraba fijamente. Carlos intentó sostenerle la mirada. No fue capaz.

—¿Qué ocultas?

—Joder, María. Nada, no oculto nada.

—No uses ese lenguaje. Sé que mientes.

—María, todo esto es muy duro para ti, pero no veas cosas que no existen. Estoy aquí para...

—Ayudarnos, lo sé. Es la palabra que más has repetido desde que te conocemos.

—Y seguiré usándola.

Por unos segundos ambos miraron a Miguel, quien tenía su mirada perdida. María le hizo una señal a la que él no reaccionó.

—Está sumido en sus pensamientos, por eso no reacciona.

—¿Y tú qué sabes? ¿Acaso lo conoces?

Carlos no respondió. Miró su móvil al recibir varias notificaciones. Dos de ellas eran las que esperaba.

—Tengo que seguir trabajando.

—¿Trabajando? ¿No habías venido a ayudar?

—Mi trabajo es ayudar. Y el tuyo limpiar.

Carlos deseó borrar aquellas palabras como se borran los mensajes.

—Lo siento, no sé por qué lo he dicho. No quería...

—Sí que lo querías —María estaba entre la rabia y el llanto—. Te ha salido natural, directo de las entrañas. No hace falta que sigas disimulando.

—Debo continuar.

—Te vas a quedar todo el dinero, ¿verdad?

Carlos miró a su alrededor. Cuando estaba seguro de que nadie podría escucharlo en un tono de voz bajo dirigió una mirada llena de rabia a María.

—Tal vez os deje algo a ti y a tus hijos.

María palideció. Dio unos pasos hacia atrás hasta derrumbarse sobre el ardiente hormigón de la azotea.

—¡Ayuda, por favor! —gritó Carlos mientras grababa a María en el suelo—. ¡Que alguien ayude a esta mujer!

No terminó la frase cuando la subinspectora, dos policías y el presidente acudieron a socorrerla. Uno de los agentes pidió asistencia sanitaria, que tardó poco en llegar al estar en la puerta del edificio.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Miguel saliendo de su letargo.

—Está todo bien. Solo se ha mareado —gritó Carlos—. Será por el calor y la tensión del momento.

—¡María! ¡María!

Carlos grababa todo lo que estaba ocurriendo. Las voces de la multitud le hicieron saber que aquello haría que el número de seguidores se disparara.

—Está bien, Miguel. ¿Lo ves?

Los sanitarios incorporaron a María y le dieron de beber. Ella miró a Miguel y le hizo una señal de que se encontraba bien.

Carlos se acercó a Miguel, quien parecía que iba a perder el equilibrio.

—Miguel, ella ya está recuperada.

—No aguanto más.

—Aún no han transcurrido los treinta minutos.

—Me da igual.

Carlos cortó el sonido antes de que los espectadores pudieran oírlo.

—Quiero irme.

—Miguel, eso no es lo que había dicho.

—Quiero estar con mis hijos y con mi esposa.

—Miguel, lo vamos a lograr.

—Se acabó —dijo Miguel negando con la cabeza.

—Espera. Tengo algo que mostrarte.

Miguel se paró tras haber avanzado dos pasos. Carlos había dejado de grabar para sacar el móvil de su bolsillo y enseñarle un vídeo.

Carlos vio la expresión de dolor que se reflejó en el rostro de Miguel.

—¿Esto es por mi culpa? —Carlos asintió a Miguel—. ¿Y la gente lo ha visto?

—Ahora mismo están viéndolo —respondió Carlos.

Miguel miró hacia la multitud y luego a María.

—Pero alguien ha encontrado la solución. ¿Miguel? ¿Miguel?

Carlos repitió el nombre varias veces. Ya no le escuchaba. Se había precipitado en mostrarle el vídeo, no se le había ocurrido otro modo de evitar que se fuera de allí antes de asegurarse el trabajo de sus sueños. No podía permitir que se tirara en aquel momento.

—Miguel, aguanta solo cinco minutos. Cuenta hasta trescientos, ¿vale?

Miguel hizo un leve movimiento de asentimiento con su cabeza.

“Luego tírate o haz lo que te dé la gana”, dijo Carlos para sus adentros.

11

—Ya me encuentro mejor.

María se levantó con la ayuda de los sanitarios.

—Debería bajar para que le hagamos un chequeo en la ambulancia.

—Yo no me muevo de aquí —dijo María.

—Está bien —se limitó a decir el sanitario más joven ante la firmeza que ella mostraba.

María vio como la subinspectora hacía una señal a los sanitarios para que se fueran. Bebió agua y levantó el pulgar a Miguel para indicarle otra vez que estaba bien.

—¿Qué sucede?

La voz de María era débil, le faltaban las fuerzas. Aun así, Miguel la escuchó y negó con la cabeza. María se giró hacia Carlos.

—¿Qué le has dicho?

Carlos la miró en silencio.

—¿Qué ha pasado?

No necesitó respuesta. El sonido de las notificaciones de los teléfonos móviles hizo que todos los presentes los sacaran. Los gritos de ellos se unieron a los de la multitud congregada. María cogió su móvil y vio el vídeo con expresión de horror en su rostro.

—No puede ser. No, no.

Sintió de nuevo un gran mareo, pero sabía que debía mantenerse en pie. Debía mirar a Miguel. Debía ir hacia él.

—Miguel, no es culpa tuya.

—Por favor, ahora no.

—Miguel, escúchame. Y tú deja de grabar.

María arrebató la cámara a Carlos y la lanzó hacia la multitud.

—Vas a pagarlo.

—No seas infantil. Y, por lo que intuyo, tendrás dinero de sobra. ¡Déjanos en paz!

María se acercó a Miguel. Carlos empezó a grabarlos con su móvil. María se dio cuenta, pero no podía seguir perdiendo el tiempo con él.

—Miguel...

—María, por favor, no puedo más.

—Por favor.

—Soy un inútil. No he logrado...

—No lo eres. La vida ha sido injusta. No es un fracaso si tuviéramos que regresar a casa de mi madre o donde sea.

—Sí que lo es.

—Nuestros hijos te necesitan. Yo te necesito.

—Solo soy una carga. Y os libraré de ella.

12

Se acercó lentamente a María mientras oía toda la conversación. Estaba agotada. Todo aquello se había alargado más de lo esperado, aunque también le había hecho reflexionar. Por primera vez en meses tenía ganas de abrazar a su hija y no soltarla. Podía haber estado con ella y decidió acudir a ese edificio. No saldría de allí hasta que todo hubiera acabado y, más aún, cuando oyó las palabras de María.

—Tus hijos te necesitan...

Inmaculada sabía que su hija también la necesitaba. No se había dado cuenta hasta aquel momento que ella también necesitaba a su hija. Se había abierto algo en su interior, algo que ella misma había bloqueado, por miedo a vivir su nueva realidad, diferente a la idealizada por muchas madres a través de las redes sociales.

Estaba dispuesta a caminar por ese nuevo mundo sin miedo. Y no estaba dispuesta a que unos niños perdieran a su padre.

Unos gritos la alertaron. Miró hacia atrás. Alguien corría. Se giró de nuevo a Miguel. Ella también empezó a correr hacia él.

13

Pablo Jiménez no podía creerlo. Los documentos parecían auténticos y en la declaración que estaba haciendo Inés Ayala en la puerta del edificio, le culpaba a él de esa muerte que circulaba por las redes sociales

—Y está junto al propietario del banco, el señor Montoro, que lo va a atestiguar.

—¿Y el borrador? —preguntó Pablo a su asistente.

—Acabo de llamar y dicen que no pueden enviarlo. Les falla la conexión. No pueden ni publicarlo.

Pablo miró a Andrés, quien había regresado minutos antes a la azotea acompañado del alcalde y le sonreía con malicia.

—No puede morir. Me culparán de ello.

Pablo inició una carrera desesperada.

14

—Está todo hecho.

Andrés asintió a las palabras del alcalde.

—Bien, Juan Luis. Espero que esos inhibidores duren algo más de cinco minutos. Ese borrador de ley no puede ser visto durante ese tiempo.

—Por supuesto. Lo han colocado unos policías locales de mi máxima confianza.

Andrés sonrió al presidente del gobierno, aunque su expresión se tornó seria cuando lo vio correr.

—Ve tras él. No debe evitar que se tire —ordenó Andrés al alcalde, quien le obedeció de inmediato.

15

A Carlos le estaban tapando el plano sobre Miguel. Corrió hacia él. Quería grabar con su móvil la expresión que tendría al saltar. Sabía que se había ganado aquel derecho por todo lo que había invertido en él, aunque también sabía que la recompensa sería mucho mayor.

16

No escuchaba las voces. Un pitido en su cabeza le impedía oír.

—¿Por qué? ¿Para qué? —balbuceó.

Esas preguntas le hicieron volver a pensar, a reflexionar.

Pensó en su vida, en todo lo que había hecho.

Recordó su boda con María.

Rememoró imágenes con sus padres.

Vio a sus hijos cuando eran solo bebés y los tenía entre sus brazos.

Desapareció el pitido de su cabeza. Escuchó voces, tanto de la multitud como las que se aproximaban a él.

Y sintió manos. No sabía si le sujetaban o empujaban. Lo que sí sintió fue un vacío en su cuerpo mientras los gritos se acrecentaban.

No eran ciento noventa y cinco metros como con los que se finalizaba una maratón, sino setenta los que estaba recorriendo con lágrimas en los ojos, los últimos metros que pensaba que recorrería en su vida.

*"Aquí ni siquiera hay un edificio de veinte pisos
para tirarse si a uno le apetece".*
El gran carnaval (Ace in the hole)
Billy Wilder, 1951.

A pesar de no sentirlo con todo su cuerpo, si lo sintió en su interior. Después de dos meses pudo regresar a su casa y abrazar a sus hijos en su hogar, aquel que no perderían, que ya era suyo.

Miguel se despertó en el hospital una semana después de su caída. La red de seguridad de los bomberos evitó su muerte, aunque no evitó que se fracturara varias vértebras que lo habían dejado parálítico de cintura para abajo.

Cuando se recuperó del shock, pudo asimilar la información que le había transmitido María a través de Aída: ninguna persona se había tirado de ningún edificio, las imágenes que le había mostrado Carlos habían sido creadas por la inteligencia artificial. Además, el seguro de vida que firmó junto a su hipoteca también cubría incapacidades permanentes y totales, por lo que el piso ya era suyo y no tendrían que pagar más hipoteca.

—Intentaron atenerse a una cláusula en la que no cubría accidentes voluntarios o algo así —le explicó María—, pero en las imágenes que han circulado parece que hay una mano que sí empujó.

—¿Cuál?

—La del alcalde.

—Maldito cabrón...

—Ha dimitido. Y será juzgado.

—Entrará otro igual. ¿Y la ley?

—Nada.

—¿Y el acuerdo con los bancos?

—¿Qué crees?

Antes de entrar por la puerta de su casa, se encontró con varios periodistas, que lo acribillaron a preguntas. Ni Miguel ni María contestaron.

Después de pasar una velada en familia, los niños fueron a sus habitaciones a jugar.

—Tengo que preparar las mochilas de los niños. Mañana empiezan de nuevo las clases.

—¿Puedes acercarme el mando? Aún me cuesta moverme en esta silla de ruedas.

María le dio el mando y Miguel encendió la televisión. Ahí estaba él. Peinado con gomina, con su vestimenta impoluta y soltando un discurso como si fuera un experto.

—Hijo de...

—Se ha comprado un Ferrari. Presume de ello en las redes sociales.

—¿Con el *crowdfunding*?

—Seguramente —contestó María con resignación.

Miguel apagó la televisión.

—¿Quieres el móvil?

Miguel asintió.

—¿Sabes cómo cancelar las cuentas de las redes sociales?

—No —respondió María.

—¿Se olvidarán de mí algún día?

—Sí, cuando alguien haga otra locura.

—Entonces en cualquier momento.

Ambos sonrieron con tristeza. María se agachó y lo besó en los labios.

—Voy a preparar las mochilas.

Miguel asintió. Miró cada esquina de su salón, respiró profundamente y desbloqueó el móvil.

Entró en su perfil de distintas redes sociales y empezó a replicar todo lo que Carlos estaba diciendo sobre él en aquel momento.

Y para demostrar que Carlos mentía, colgó las capturas de pantalla de todas las conversaciones que habían mantenido, esas capturas que guardaba antes de enviarle a Carlos otras en las que mostraba que había borrado las conversaciones. En su momento Miguel tuvo el presentimiento de que las necesitaría. Él también tenía su *as en la manga*.

Ya sabía por qué y para qué.
